

# Acequiñas

AÑO 23 Invierno 2020  
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

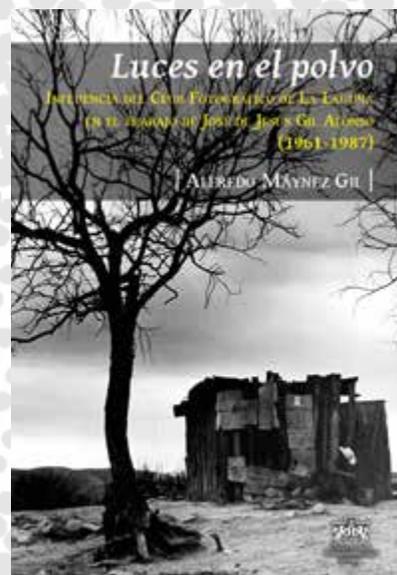
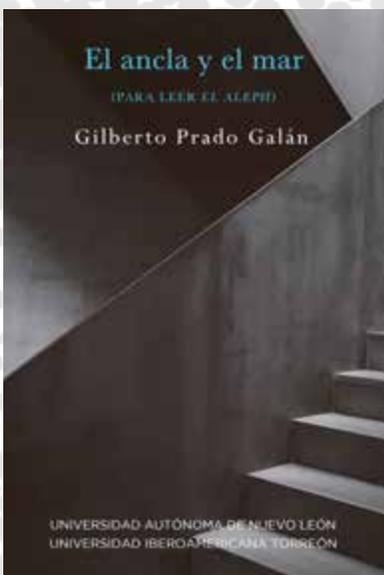
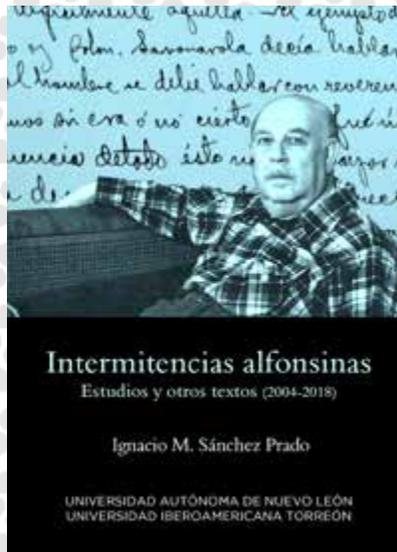
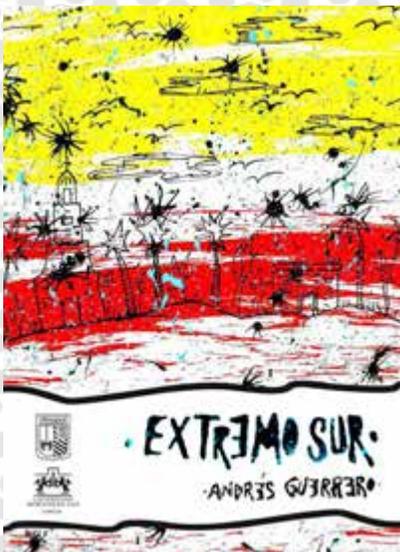
REVISTA DE DIVULGACIÓN  
ACADÉMICA Y CULTURAL

83

En torno a *Luces en el polvo*  
Viaje por la lectura y la edición

+ historia, periodismo, cuento y poesía





EDICIONES Y COEDICIONES  
RECIENTES GESTIONADAS  
POR EL CENTRO  
DE DIFUSIÓN EDITORIAL DE LA  
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA  
TORREÓN  
INFORMES:  
[jaimemunoz@iberotorreon.edu.mx](mailto:jaimemunoz@iberotorreon.edu.mx)

Número 83, septiembre-diciembre de 2020

## Universidad Iberoamericana Torreón

Guillermo Prieto Salinas, SJ  
Rector

Armando Mercado Hernández  
Director General Académico

Ismael Bárcenas Orozco, SJ  
Director General Educativo

Jaime Muñoz Vargas  
Coordinador del Centro de Difusión Editorial

Jaime Muñoz Vargas  
Revisión y edición

Laura Elena Parra López  
Raúl Alberto Blackaller V.  
Andrés Guerrero  
Comité Editorial

Edición Invierno 2020. Octava época, año 23. Revista de divulgación publicada y distribuida por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón. *Acequias* aparece tres veces por año. Sugerencias y colaboraciones: Centro de Difusión Editorial, Universidad Iberoamericana Torreón, Calzada Iberoamericana 2255, C.P. 27020, Torreón, Coahuila. Edificio F planta baja. Teléfono: (871) 705 10 10 ext. 1135. Correo electrónico: [publicaciones@iberotorreon.edu.mx](mailto:publicaciones@iberotorreon.edu.mx) Número de reserva al Título en Derechos de AutoRP: 04-2006-032716162900-102. Número de Certificado de Licitud de Título: 10825, y Número de Licitud de Contenido: 8708, otorgados por la Secretaría de Gobernación. Las opiniones de los colaboradores no representan la postura institucional de la Universidad y son responsabilidad de los autores.

Versión en línea:  
<http://itzel.lag.uia.mx/publico/publicaciones.php>

- 2 Editorial
- 3 En torno a *Luces en el polvo*  
Laura Orellana Trinidad
- 7 Del derecho a la historia  
Revista *Acequias*
- 11 Viaje por la lectura y la edición  
Gerardo Segura
- 15 Cuatro años sin Piglia  
Manuel Iñaki Leal Belausteguioitia
- 18 El inicio del siglo XX en una región muy singular  
Gerardo Alfredo Martínez Macías
- 22 Erótica de los “Sonetos con lugares comunes”  
Jesús Nares Jaramillo
- 26 Boceto de Paco Amparán  
Jaime Muñoz Vargas
- 29 Urbe sosegada  
Saúl Rosales Carrillo
- 35 Magdalena Mondragón: su vida y su obra en México  
Blanca Galván Romani
- 38 De *Oscuros soliloquios*  
Miguel Ángel Centeno



Las fotos que acompañan esta edición de *Acequias* son de JOSÉ DE JESÚS GIL ALONSO (Guadalajara, Jalisco, 1912-Torreón, Coahuila, 1987). De profesión dentista, Gil Alonso migró a Torreón en la década del cuarenta, donde además de su trabajo médico emprendió una labor fotográfica notable. Fue uno de los principales animadores del Club Fotográfico de La Laguna, como lo consigna el libro *Luces en el polvo. Influencia del Club Fotográfico de La Laguna en el trabajo de José de Jesús Gil Alonso (1961-1987)* (Ibero Torreón, 2020, 120 pp., prólogo de Laura Orellana Trinidad), cuyo autor es Alfredo Máynez Gil, su nieto, exalumno de la Ibero Torreón.

# Editorial

---

Este 2020 ha sido, sin exagerar, el año más raro en la historia de la humanidad. Nunca como ahora, doce meses se han ido de forma tan peculiar, con una buena parte de la población mundial resguardada en sus hogares para alejar en lo posible el contagio de Covid 19. Muchos, pese al confinamiento y las medidas sanitarias dispuestas por la autoridad, hemos visto la lamentable pérdida de parientes y amigos cercanos, y hemos sabido que en todas partes los gobiernos han combatido, con mayor o menor éxito, al agente microscópico que provocó la pandemia. Amaneceremos al 2021, lamentablemente, con la zozobra de no saber cuándo terminará esta extraña forma de vivir. Mientras no haya certeza, vale más atender las medidas propuestas por las autoridades y no dejarse llevar por la desesperación, que suele ser mala consejera.

En medio de tal panorama, este número de *Acequias* abre con un acercamiento de la doctora Laura Orellana al trabajo del maestro Alfredo Máynez sobre la labor fotográfica de José de Jesús Gil Alonso. Lo sigue una entrevista al autor de *Luces en el polvo* donde, entre otras afirmaciones, describe el valor de la historiografía como herramienta para reconstruir el pasado no sólo de los próceres o de los hitos militares o políticos, sino también de mujeres y de hombres que en su vida cotidiana edificaron realidades dignas de ser investigadas y contadas.

Una larga entrevista del escritor Gerardo Segura al editor Édgar Valencia nos muestra el origen remoto de una vocación por la lectura y los libros. Luego, Iñaki Leal, exalumno de la Ibero hoy radicado en Nueva Orleans, comenta a tranco amplio la trayectoria literaria de Ricardo Piglia. Viene después un ensayo sobre La Laguna a principios del siglo XX escrito por el exalumno de la Ibero Torreón Gerardo Alfredo Martínez Macías, y en seguida otro del escritor lagunero Jesús Nares Jaramillo sobre la obra poética de Fernando del Paso. A propósito del décimo aniversario luctuoso de Francisco José Amparán se ofrece sobre él un apunte biográfico.

Cierran esta edición 83 de *Acequias* un cuento de Saúl Rosales, quien en 2020 cumplió 80 años; un fragmento del libro *Magdalena Mondragón: su vida y su obra en México*, de Blanca Galván, y tres poemas de Miguel Ángel Centeno, miembro del taller literario del Teatro Isauro Martínez.

Sin más, deseamos que el 2021 sea infinitamente mejor.

# En torno a *Luces en el polvo*

Laura Orellana Trinidad

## Laura Orellana Trinidad

(Torreón, Coahuila). Socióloga, maestra y doctora en Historia por la Ibero Ciudad de México. Académica de tiempo completo en la Ibero Torreón desde 1990. Actualmente es coordinadora del Centro de Investigaciones Históricas y de la Dirección de Investigación Institucional. En 2012 fue distinguida con la medalla al Mérito Académico “David Hernández”. Obtuvo el primer lugar en el certamen nacional de ensayo Susana San Juan, en 1999. Ha publicado *Hermila Galindo, una mujer moderna* (Conaculta) y *Teatro Martínez, patrimonio de los mexicanos* (Fineo). Participó en el proyecto: “Aprendiendo a convivir y hacer ciudadanía”, con financiamiento del Coecyt y concluyó la historia de los 75 años de la escuela Carlos Pereyra. [laura.orellana@iberotorreon.edu.mx](mailto:laura.orellana@iberotorreon.edu.mx)

Recuerdo con nitidez cuando Alfredo Máyne Gil, todavía estudiante de la maestría de Historia de la Sociedad Contemporánea impartida en la Ibero Torreón, proponía con la viveza que lo caracteriza diversos temas para su trabajo final en el seminario de investigación que yo impartía. Un tema ligado a su profesión —la abogacía— llamaba su atención y era también de interés para la Comarca Lagunera. Sin embargo, en alguna sesión del curso comentó que su abuelo, quien se había afincado en esta región para ejercer como dentista en los años cuarenta del siglo XX, había sido fotógrafo aficionado durante prácticamente toda su vida. En algunas sesiones nos mostraba algunas de sus imágenes premiadas —podrán apreciar en este libro varias de ellas— que ciertamente resultaban impresionantes. De a poco nos daba más información: el número de negativos y fotografías impresas que constituía su archivo, el gusto por imprimir las imágenes por sí mismo en el cuarto oscuro, su minuciosidad para esperar la fotografía perfecta. Nos reveló, además, que junto con otros aficionados había pertenecido a un club de fotografía y que habían practicado este hobby con toda formalidad. Así, Alfredo se fue dando cuenta, o terminó de convencernos, de que estaba “sentado” sobre su objeto de estudio.

Aunque la familia considera valioso este acervo fotográfico —por Alfredo sabemos que su tío Manuel, hijo del doctor Gil Alonso, lo ha guardado con todo cuidado durante décadas—, quizá no había considerado el aporte social que podían tener estas imágenes más allá de su entorno íntimo. Por ello, es preciso recordar que los documentos son la única prótesis que las sociedades tenemos para guardar la memoria. Las fotografías que el doctor Gil Alonso realizó con celo y escrupulosidad hasta lograr resultados notables se convierten en una forma invaluable de identificar escenarios, acontecimientos, personajes y procesos que tienen como función recordarnos las continuidades y transformaciones de la región que lo adoptó.

Hoy valoramos este acervo fotográfico, pero no siempre ha sido así. Una gran cantidad de imágenes interesantes se tiran, se pierden, desaparecen y, en el mejor de los casos, se encuentran olvidadas en algún mueble o se ofrecen en mercados de antigüedades. Es conocido el caso



de la Maleta mexicana, descubierta en 1995, con las impresiones de los fotoperiodistas Endre Friedmann y Gerda Taro sobre la Guerra Civil Española, y, de manera más reciente, las cajas con fotografías de la hasta entonces anónima Vivien Maier que John Maloof compró en 2007 por unos cuantos dólares.

La estimación del acervo fotográfico del doctor Gil Alonso se inscribe en un entramado de profundos cambios culturales que han afectado a las Ciencias Sociales en las últimas cinco décadas, particularmente a la historia, la archivis-

tica y la sociología. Esta metamorfosis se debe, en gran medida, a las luchas de distintos grupos sociales por lograr una mayor representación en la sociedad, lo que finalmente tuvo un impacto en la selección de los objetos de estudio que estas disciplinas comenzaron a abordar así como del tipo de documentos que se requerían para estudiarlos.

Por ejemplo, a mediados de los ochenta el historiador francés Phillipe Ariés propuso una colección que tenía como centro la vida privada o cotidiana, cambiando con ello la perspectiva de

los temas y los sujetos históricos. Ya no se trataba de examinar los grandes acontecimientos ni los personajes sobresalientes, sino la forma en que pensaban, sentían o actuaban las personas comunes y corrientes. Para ello se recurrió a fuentes distintas: privadas, familiares, que estaban, como él mismo señala, “esparcidas por todas partes, diseminadas”. El británico Peter Burke, en esta misma dirección, coordinó el libro *New Perspectives on Historical Writing* en 1991, con el que intentó definir la corriente de la Nueva Historia y señaló que no

quedaba más remedio que hacerlo en función de aquello a lo que se oponían, es decir, contra el paradigma tradicional, que sintetizó de esta manera: una visión “desde arriba”, política, centrada en acontecimientos, basada en documentos oficiales, no comprensiva de las acciones individuales y “objetiva”. Así, se comenzó a hacer historia “desde abajo” en la que se observaba el impacto que habían tenido algunos procesos históricos notables (guerras, revoluciones, crisis económicas, enfermedades) en las vidas de personas y grupos que antes aparecían, si acaso, como telón de fondo: mujeres, obreros o niños, entre otros; pero también se pudo visibilizar la forma en que éstos incidían en la historia como sus hacedores. Esta atención a las personas ordinarias modificó las preocupaciones historiográficas y sus propuestas cronológicas: la experiencia local no coincide necesariamente con la nacional, ni la vida doméstica con los tiempos políticos.

Así lo había entendido Luis González y González dos décadas antes. En 1968, con su *Pueblo en vilo* se aventuró a la microhistoria, y aunque en su momento fue a contracorriente, la historia de San José de Gracia —su *matria*— arrasó en ediciones. La narración microhistórica, según el historiador mexicano, es cálida e interesante y se expresa en forma grata, atrayente, no árida ni fría, como “expresión de asuntos ajenos al prójimo” y no por ello resulta menos científica. González y González, en “Terruño, microhistoria y Ciencias Sociales”, artículo publicado en 1986, observa las cualidades de la microhistoria o historia local:

...una disciplina que arremete contra las explicaciones al vapor. Es el aguafiestas

de las falsas generalizaciones. Siempre da lata. Siempre le busca excepciones a la teoría que esgrimen las demás ciencias del hombre. Su principal ayuda a la familia de las humanidades es la de poner peros a las simplificaciones de economistas, sociólogos, antropólogos, politólogos y demás científicos de lo humano, de un asunto tan complejo que se presta poco a generalizaciones. La microhistoria sirve antes que nada para señalar las lagunas en los territorios de las otras ciencias sociales.

Estas corrientes, entre otros procesos, contribuyeron a valorar socialmente los documentos que las personas comunes producimos para el autoconsumo, para la familia, o para las organizaciones, instituciones o colectivos a los que pertenecemos (diarios, cartas, folletos, recetarios, fotografías, libros de actas, entre muchísimas más) y que hoy consideramos indispensables para la reconstrucción de la historia regional e incluso nacional. Este es precisamente el caso del archivo que produjo el doctor Gil Alonso, que en principio no tuvo más afán —según lo indica Máynez Gil— que desarrollar un pasatiempo.

Pero esta afición, la fotografía, en sus distintos soportes, se convirtió rápidamente en una fuente documental imprescindible. Hoy resulta extraño que Pierre Bourdieu se preguntara, en 1965, si la sociología debía ocuparse de la práctica fotográfica. En su introducción a *Un arte medio*, ensayo sobre los usos sociales de la fotografía, defiende la posibilidad de estudiar este objeto que parecía proibirse de esta disciplina por considerarse insignificante. Cincuenta años después de esta investigación, no podemos entendernos sin las imágenes.

Nos modelan y modulan de manera personal y colectiva.

A finales del siglo XIX, nuestros antepasados, si acaso, contaron con alguna fotografía para mirarse a sí mismos y a su entorno: hoy se producen millones diariamente a través de los teléfonos celulares. Damos la fotografía por sentado, pero se nos olvida que hace un siglo y medio, cuando apenas emergía, causaba lo mismo horror que fascinación (los conocidos efectos Medusa y Narciso). La gente tuvo que acostumbrarse lentamente a “ver” las imágenes y a interpretar los fragmentos que ofrece la fotografía, como lo documentó Nigel Barley en *El antropólogo inocente*. Esta práctica ha posibilitado una nueva cultura, nuevas identidades, nuevas formas de mediación entre los seres humanos con la “realidad”. Los recortes visuales, enmarcados en una época, dejan en las tintas y en el papel, o en un aparato digital, la luz de su contexto histórico.

Este sencillo contexto pone en relieve la importancia de las huellas que dejó este fotógrafo amateur. Pero Alfredo Máynez no sólo da a conocer la historia de las imágenes que plasmó su abuelo —lo que ya de por sí sería interesante—, sino que se interroga y plantea hipótesis acerca de la fecunda relación que Gil Alonso tuvo con el Club Fotográfico de La Laguna, grupo conformado por diversos miembros que de manera voluntaria y gustosa se reunían semanalmente para aprender más sobre su afición, para compartir hallazgos y un cuarto oscuro, para promover la fotografía artística no sólo en la región, sino en el mundo, y, por supuesto, para sociabilizar. La indagación sobre el grupo trajo consigo el uso de la historia oral para examinar la trayectoria del Club así como el rescate de documentos



valiosos de esta organización que, sin la intervención de Alfredo Máynez Gil, ya se hubieran extraviado.

La apuesta por estudiar la obra del doctor Gil Alonso vinculada al Club Fotográfico de La Laguna nos lleva a reflexionar sobre la interrelación entre los sujetos y las organizaciones que estos mismos crean para su propio crecimiento o su detonación, como la llama Alfredo Máynez. Este es uno de los grandes aciertos de la presente investigación,

porque hay pocos estudios en América Latina sobre los clubes fotográficos. Alfredo explora y profundiza sobre los vaivenes de este organismo vivo así como de los fotógrafos aficionados que le dieron existencia, todo de manera analítica, afectuosa y atrayente.

Por supuesto que otra de sus aportaciones es dejarnos ver la punta del iceberg del archivo del doctor Gil Alonso: no queda más que anhelar que este archivo familiar pase a ser un le-

gado colectivo. Sería un referente y un archivo de contraste, por ejemplo, para la fotografía de Julio Sosa, centrada en el trabajo de estudio.

Con la edición de este libro, la Ibero Torreón continúa con su apuesta por difundir el pensamiento social que se genera dentro de las aulas universitarias; pedimos que ustedes, lectores, le den vida a través de su mirada.

Torreón, Coahuila, a 23 de noviembre de 2020

# Del *derecho* a la historia

Revista *Acequias*

Diálogo con Alfredo Máñez Gil, autor del libro *Luces en el polvo. Influencia del Club Fotográfico de La Laguna en el trabajo de José de Jesús Gil Alonso (1961-1987)* (Ibero Torreón, 2020, 120 pp., prólogo de Laura Orellana Trinidad). Alfredo Máñez Gil (Torreón, Coahuila, 1972) estudió la licenciatura en Derecho y la maestría en Historia de la Sociedad Contemporánea en la Universidad Iberoamericana Torreón, y de 1998 a 2011 fue maestro de asignatura en la misma institución. Actualmente ejerce como abogado corporativo en el sector privado. Vive en Torreón con Marusa, su esposa, y Alfredo, Emilio y Marusa, sus hijos.

● *Por qué, como abogado, decidiste estudiar la maestría en Historia por la Ibero Torreón?*

Como abogado, y desde que estudiaba la carrera, siempre me gustaron las materias que nos ayudan a entender cómo hemos llegado hasta nuestras actuales formas de gobierno, a los sistemas normativos que nos rigen. Derecho Romano, historia del derecho, teoría del derecho, filosofía del derecho, las materias que nos mostraban cómo había sido, cómo se formó y cómo fue cambiando la disciplina que nos limita, que nos indica lo que podemos hacer y lo que no, cómo se regula la convivencia. Y pues todo eso es historia. El estudio de cómo llegamos hasta aquí y por qué vivimos de esta manera.

Yo tenía la inquietud de hacer un estudio del manejo del agua en La Laguna. Eso, como mucha labor jurídica, se relaciona con decretos, documentos, afectaciones, testimonios, que tiene mucho que ver también con la labor jurídica. Por ahí iban mis intenciones, y pues ambas disciplinas son hermanas, aunque no gemelas.

*A tu parecer, ¿sirve la formación en Derecho para practicar la historiografía?*

Definitivamente. Como abogado trabajas con fuentes: pruebas, normas, documentos. ¿Y qué son las normas sino un cuerpo documental que materializa la visión de una sociedad, o por lo menos de quienes dicen representarla? Lo que hace un abogado es conocerlas e interpretarlas, y como quienes estudian la historia, trabaja con fuentes y las interpretan.

En el campo forense, ¿qué es un juicio sino la documentación de los sucesos y su interpretación para conocer en realidad lo que ocurrió?

Son áreas del conocimiento que, creo, no pueden desligarse. Como abogado, cada vez me fui interesando más en la historia. Antes impartía Filosofía del derecho en la Ibero. En una materia como ésta no sólo se estudia qué es el derecho, sino cómo debería ser el derecho. Y para ello hay que interpretar de dónde viene y a dónde va. Así como la historiografía estudia la historia y como está escrita, la filosofía del derecho profundiza en el derecho como objeto de estudio.

*Si te pidieran una breve descripción de los tres aprendizajes más valiosos obtenidos en la maestría, ¿cuáles serían?*

1. Que la historia es explicada sin poder divorciarse de la cosmovisión de quien la interpreta.

Vimos cómo muchos pasajes de la antigüedad, de las conquistas o de las guerras, son tratados como verdades de lo que fue, cuando ahora sabemos que tales narrativas pueden ser producto de intenciones ideológicas, imperialistas o raciales, y que no tenemos todas las herramientas para dilucidar exactamente cómo fue todo, pero por lo menos podemos interpretar, discernir si hay posibilidades distintas. Pienso en los casos más recientes, donde los gobiernos destruían registros de las personas, lugares o formas de vida, si contrariaban la verdad oficial. Registros quemados donde se perdieron oportunidades tremendas de revisión, pero que por lo menos ahora sabemos que algo pudo ser diferente a como lo habíamos aceptado a rajatabla. Eso para mí ha sido de una riqueza invaluable.

2. Que la historia que actualmente hace falta es la historia contada no necesariamente por los vencedores o los dueños de los medios, sino desde abajo, desde los sin voz, los afectados por los procesos económicos, históricos, bélicos o sociales, y ya no tanto las biografías de los grandes personajes, de los gigantes, lo cual también está muy bien, pero no se tendría una interpretación completa si no se estudiara y conociera la historia “desde abajo”, para complementar e integrar todo el análisis. En ese sentido ha sido muy valioso el aporte del periodismo, también.

En la maestría entendimos cómo, viendo distintas escuelas y propuestas, se pueden acercar esas distintas visiones a fin de aproximarnos a mejores interpretaciones.

He escuchado personas que se preguntan “¿para qué estudiar una maestría en historia, si tú no vives de eso?”, y no puedo dejar de recordar cómo, de entre varias disciplinas que pueden ayudarte

a comprender tu entorno, e incluso tus procesos personales, la historia tiene una aplicación bastante práctica, y no sólo, como alguno de los que me han preguntado eso, “sirve para mejorar la charla de sobremesa”. De hecho, me ha servido más en procesos solitarios, o al leer novelas o interpretar las noticias, que para las charlas de sobremesa, las cuales rara vez llegan a temas de historia tratados con seriedad (por lo menos en mi humilde entorno).

3. Que tenemos que valorar la propia historia, y rescatar, en la medida de lo posible, lo que tengamos en archivos familiares, regionales, sociales, que nos pueda ayudar a entendernos y a entender nuestra sociedad, nuestra identidad personal y regional.

Cuando empecé la maestría, dije un poco antes, pensaba hacer un trabajo relacionado con mi práctica profesional y con las áreas que usualmente veo como abogado. Pensaba en temas del agua, del reparto agrario, o de los tributos o las vidas de personajes que forjaron nuestro derecho nacional o local. Pero de eso ya hay mucho muy bueno (y aún falta). Pero me di cuenta, conforme veíamos teorías e interpretaciones, que también se podía hacer historia íntima, de las personas “comunes” que han forjado lo que somos y de las cuales en algunos casos hay excelentes documentos y riqueza para profundizar.

Entonces, finalmente me incliné por hacer un estudio de temas no tan de “desde arriba”, menos tradicionales, y acercarme al arte fotográfico que floreció en la Comarca Lagunera entre los sesenta y ochenta, donde mi abuelo había sido un exponente importante, dejando un acervo fotográfico no sólo de gran belleza, sino de una calidad que en su momento fue reconocida internacional-

mente. Ese acervo ha estado atesorado en la familia y a su vez forma parte de un conjunto de patrimonios culturales familiares de otros compañeros que con mi abuelo conformaron un grupo importante y reconocido de fotógrafos en la época mencionada.

Así, con la guía de maestros y amigos como Sergio Corona (que nos dejó hace poco un hueco enorme) y especialmente de la doctora Laura Orellana, fui dando forma a una investigación. Entonces, esas tres cosas, entre otras, aprendí en aquel posgrado que me ha dejado con mejores armas para entender este mundo actual tan complejo y me ha motivado para trabajar más, en el futuro, con rigor y discernimiento, que son armas que no estorban si tienes curiosidad y esperanza.

*¿Qué valor le atribuyes a la investigación en el espacio académico?*

Creo que es esencial. No hacen falta más “enseñanzas” con base en interpretaciones personales, o meramente doctrinales. Considero que quienes participan de la importante labor académica deben exigirse un rigor de investigación y discernimiento para poder contar con las mejores herramientas de transmisión del conocimiento.

Y la investigación rigurosa nos acostumbra a desentrañar, a sustentar las conclusiones a las que se llega (con todos los riesgos interpretativos relacionados con la indisoluble visión de cada quien, claro).

Sin investigación no puede haber academia completa, para mí es medular.

*¿Cómo nació la idea de trabajar en Luces en el polvo?*

Como comentaba, fui pasando de la idea de hacer algún aporte a temas que



ya se han estudiado y documentado, y empecé a reconocer el valor del estudio de las prácticas sociales lejanas al poder, a las ambiciones políticas.

Tuvimos varias materias que nos acercaron a quienes estudiaron la vida privada, los oficios, las interpretaciones de la gente que no habla con micrófono o tiene cargo oficial. Me fueron gustando los ejemplos de quienes se interesaron en procesos culturales, en las afectaciones de la gente común por reformas, migraciones, procesos dictados por gobiernos o sociedades, y cómo la gente respondía según sus prácticas y su cultura.

Entonces, al recordar que un archivo documental como un acervo fotográfico, donde abundan imágenes de gente humilde, oficios, procesos deportivos, culturales y religiosos que la gente practicaba de manera sincera y espontánea, me di cuenta de que, como ha dicho Laura Orellana, “estaba sentado sobre mi objeto de estudio”. Que tenía, en el archivo de mi abuelo, los documentos

gráficos y escritos, periódicos y actas, del arte fotográfico que floreció en la Comarca Lagunera entre los sesenta y ochenta, donde mi abuelo había sido un exponente importante, dejando un acervo fotográfico no sólo de gran belleza, sino de una calidad que en su momento fue reconocida incluso internacionalmente. Como dije, ese acervo ha estado atesorado por la familia, y a su vez forma parte de un conjunto de patrimonios culturales familiares de otros compañeros que con mi abuelo conformaron un grupo importante y reconocido de fotógrafos en la época mencionada.

Así, con la guía de maestros y amigos, como la doctora Laura Orellana, fui dando forma a una investigación bonita, emotiva y seria. Y con la ayuda de otros amigos como Jaime Muñoz, al final ese trabajo se convirtió en un libro muy bien armado donde se rescata un pedazo de la historia regional y de mi familia, y muestra una pizca del trabajo fotográfico de mi abuelo.

*¿Cuánto tiempo invertiste en la investigación y cuáles fueron los principales obstáculos que enfrentaste en el camino de la investigación?*

Invertí mucho tiempo, pero fragmentado en los pocos ratos libres que podía dedicarle. Trabajo como abogado corporativo, lo que es altamente demandante. Tengo *hobbys* como la cocina o el equipo de fútbol con amigos, una familia con tres hijos, tres perros, me gusta cuidar el jardín, recibir a la familia los fines de semana, entonces el trabajo lo hacía robando horas al sueño o a otras actividades (casi no veía tele ni hacía ejercicio más allá del juego de fútbol dominical). Fue mucho tiempo y por eso es que aunque terminé la primera versión de ese trabajo en 2015, darle forma como libro, en esa manera fragmentada de trabajar, concluyó hasta el otoño de 2020, y esto además gracias a la motivación de Laura y Jaime (con un látigo suave, generoso).

La parte que más me gustaba, y que en ocasiones hacía hasta tarde en la no-



che, era ver actas del Club Fotográfico y fotos viejas de la gente de la comarca, de trabajadores de la vid, de las regatas, de la intimidad de las familias. Pero era algo muy bonito porque me sentía conectado con mi abuelo, que era una persona de un valor muy grande. Ojalá muchas personas más fueran así; era un profesional de alta calidad (él era dentista y de eso vivía), que a su vez se daba el tiempo de dar clases, de participar en la vida de la comunidad, en asociaciones civiles, ser campeón de dominó, pero además ganar premios internacionales de fotografía y tratar a toda la gente con una caballerosidad y diligencia que actualmente no se ven mucho.

*¿Qué valor tiene a tu juicio rescatar el trabajo del Club Fotográfico de La Laguna?*

Para mí tiene mucho valor. Aunque yo sabía que mi abuelo había sido un gran fotógrafo, pues conocía su trabajo, y en mi casa siempre hubo cientos de trofeos, diplomas y medallas, esa idea se acrecentaba cuando veía, al analizar los documentos del Club, que muchos de sus compañeros también habían sido fotógrafos de mucho mérito y cuyos trabajos habían ganado premios locales, nacionales e internacionales. Así que entonces crecía mi curiosidad, pues me surgieron muchas ganas de ver esos otros trabajos. Entonces me di cuenta de que si el trabajo de mi abuelo pudiera ser rescatado, clasificado y compartido, porque su nieto se ponía a hacerlo, estábamos frente a la posibilidad de que todos esos otros archivos y materiales que se tienen en las familias de sus compañeros podrían ser de igual o mayor valor.

Una cosa que me inquieta y que estoy lejísimos de tener tiempo de hacer, pero albergo esperanzas, es contactarlos y diseñar un método para que en cada familia, si encontramos a alguien con esa clase de inquietudes, clasifique, conserve o, en el mejor de los casos, comparta dicho archivo para su mejor aprovechamiento por la comunidad.

*¿Piensas seguir trabajando con el acervo fotográfico de tu abuelo?*

Definitivamente, aunque la falta de tiempo es un problema. Son miles de negativos por digitalizar, fotografías por respaldar, y en su momento, si se puede, compartir con la comunidad para su mejor estudio y aprovechamiento como patrimonio cultural de la región. Hay esperanza.

Diálogo con Édgar Valencia

# Viaje por la lectura y la edición

Gerardo Segura

Entrevista a Édgar Valencia, escritor y editor lagunero nacido en Ciudad Victoria, Tamaulipas, en 1975. Doctor en Letras por la UNAM, actualmente es director editorial de la Universidad Veracruzana. Entre otros libros, ha publicado *Oficios*, *Descripción de la esfera*, *Vestigios del origen* y *Reescrituras*.

## Gerardo Segura

(Saltillo, Coahuila, 1955) es escritor, editor, promotor de la lectura y catedrático de la Universidad Autónoma de Coahuila. Entre sus obras se encuentran *Yo siempre estoy esperando que los muertos se levanten* (1998), *Nadie sueña* (1999), *Todos somos culpables* (1996), *Quién te crees que eres* (2008), entre otros. Ha sido galardonado con el Premio Estatal de Cuento “Julio Torri” 1995. Fue Becario del Fonca y fundador de la sección de Escritores Coahuilenses en la Feria del Libro de Saltillo. Su más reciente libro es *Invítame a leer. Conversaciones con gente de libros* (Secretaría de Cultura de Coahuila, 2018), donde, entre otras, aparece la entrevista que aquí publicamos. [jesussegura@gmail.com](mailto:jesussegura@gmail.com)

**E**mpecé a leer porque había libros en la casa, eran una presencia habitual. Estaban en un librero en el pasillo: pasaba, los veía y eso era todo. No era una biblioteca muy grande, acaso tres anaqueles; pero estaban ahí. Eran un objeto común, y la llegada a ellos no fue directa sino vinculada a lo lúdico: por medio de los cómics, las historietas que compraba en el estancillo de la plaza de armas de Gómez Palacio, Durango, donde viví mi infancia. Eran una lectura compartida con mi padre.

El fin de semana acudíamos los dos al puesto de revistas. Él llevaba periódicos y revistas políticas —*Impacto* y *Proceso*—; a mí me compraba una o dos historietas que yo elegía. Regresábamos a casa: él se ponía a leer lo suyo recostado en la cama, yo lo mío tirado en el piso. De alguna manera me fui enganchando en que cada fin de semana compráramos las lecturas para esos días. Yo repasaba todo tipo de historietas, desde el *Capulinita* hasta *El Hombre Araña*. Después de ese entrenamiento con los cómics, el salto a los libros fue natural.

En el librero del pasillo estaba una novela de Agatha Christie que aún recuerdo. Era una edición de bolsillo de Diez negritos en la que había cosas que me llamaban la atención, pero no entendía muy bien. Ahora sé que eran cuestiones de traducción, porque no era mi español. Decían cosas como: “Se encogió de hombros”, o para decir “No”, decía: “Sacudió la cabeza”. Me preguntaba cómo era eso, por qué si le preguntaban algo al personaje él sacudía la cabeza. No sabía qué tenía que ver la pregunta con el hecho descrito. Imaginaba que al sacudirse lo hacían frenéticamente, no tenía para mí otra noción de sacudir sino ésa, con fuerza. Nunca me enteré si decían sí o no, sólo que movían la cabeza. Había algo que no terminaba de entender en esas novelas pero me gustaba el misterio de la historia. Era una cuestión que me llevaba a querer continuar leyendo a pesar de no entender algunos pasajes, pero era satisfactorio llegar a un final sorpresivo, a que se develara un misterio.

De esa época surgió un diálogo sorprendentemente provechoso entre la televisión, los cómics y la literatura. Ahora lo entiendo como una periferia de contenidos; transmedia, le llaman los más enterados. Me explico: en Imevisión comenzaban a transmitir diversas miniseries, una de ellas era *Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*. Un sábado sin quehacer prendí la tele en blanco y negro y ahí estaba Tom Sawyer pintando una cerca de blanco. La historia de esos dos niños que vivían aventuras a sus anchas a la orilla de un río (nunca en mi vida había visto uno) me dio una idea de

que había historias que transcurrían en lugares lejanos pero que algo me decían de mi entorno o de mi edad.

La sorpresa vino al poco tiempo de comenzar a ver la serie, en casa de unos familiares lejanos. Aquel era un lugar donde siempre hurgaba entre su librero, pues ahí descubrí el tomo 13, encuadrado en azul, de la *Nueva enciclopedia temática*. Un volumen dedicado a la “lectura y pasatiempos” que nunca se agotaba: tenía historias, adivinanzas, acertijos matemáticos, trucos de magia, juegos de sombras. Para mí era un libro infinito al que siempre acudía en cuanto llegaba. En una visita a esa casa descubrí al lado de la enciclopedia un libro que decía *Las aventuras de Tom Sawyer*. Me sorprendió ver el libro de la serie que estaba en la tele, así que lo tomé prestado, casi sin pedirlo. Nadie se dio cuenta, y me lo llevé. Necesitaba tiempo para leerlo a mis anchas, a mi tiempo,

en mi casa. Al leerlo descubrí otras historias del libro que no estaban en la televisión; lo que hizo más entrañable la novela y me preparó para lo que vendría poco después.

En la televisión pasaron la serie *La isla del tesoro*, el libro de Robert Louis Stevenson en versión de caricatura japonesa, y quedé enganchado. Era una aventura episódica con barcos, marineros, un niño con quien me sentía muy identificado, un pirata de pata de palo con su loro, un mapa del tesoro. Es decir, todo lo que un niño de diez años necesitaba para su imaginación. Poco después me enteré que eso era un libro. Es decir, que no era una caricatura sino que provenía de una novela. De esa noticia a encontrarlo en una librería-papelería transcurrió muy poco tiempo. Esa ocasión no le pedí a mi padre una historieta; le pedí un libro, le pedí *La isla del tesoro*. En eso consistía el diálogo entre la televisión, los cómics,

las caricaturas y la literatura. Por eso no estoy en contra de los medios, porque de alguna manera uno tiene que llegar a las cosas. En mi caso, al no haber otra guía más que los libros en series, la televisión fue el conducto único para llegar a lecturas interesantes.

Tuve la fortuna de que había una buena programación en aquella televisión del Estado ya desaparecida. No sé si eso pase ahora. La lectura en la infancia era diversión. Para mí están vinculadas estrechamente.

Comencé con las historietas de kiosco y me sirvió para llegar a otro tipo de literatura. Después encontré otros sabores, otros platillos. Aquellos cómics fueron el inicio de la formación de un hábito. Ahora, como adulto, puedo darme cuenta que mi entrada a la literatura fue de una manera lúdica. Con lecturas adecuadas a mi edad. Si se empieza por Joyce, por ejemplo, esa lectura se va a in-



hibir. Yo me acerqué a la literatura como quien se acerca a un buffet y empieza por los postres. Eso es maravilloso. Uno llega a la mesa y se pregunta: “¿Qué se me antoja?”, y puedes decir: “Pasteles”, y al rato uno dice: “Ya me cansé de los pasteles, ¿qué más hay?” Y así uno se puede ir encontrando cosas más sofisticadas. Y de pronto encuentra cosas que saben a la comida de tu casa de toda la vida, como unos tamales o los frijoles; y el redescubrirlos en otro contexto es fascinante. Algo de eso me ocurrió.

Los libros me llegaron en el momento que me tenían que llegar. A qué me refiero con esto: a la fortuna de tener hermanos mayores y que en su escuela les encargaran libros y estos acabaran en los estantes de la casa. Dos lecturas fueron fundamentales. La primera de ellas fue *Dormir en tierra* de José Revueltas; el siguiente, *Dos crímenes*, de Jorge Ibargüengoitia. No sé cuándo se los encargaron a mi hermana en la licenciatura y así acabaron en el estante. En *Dormir en tierra* encontré historias muy breves, más breves que en Agatha Christie, y mucho más intensas. Fue una sacudida, historias crudas, intensas y directas. Y con Ibargüengoitia encontré mi lengua. Encontré el español de México, el de mi ciudad, el de mi cuadra, el de mi familia.

Después de Agatha Christie era increíble encontrar a Ibargüengoitia y leer una novela escrita en la lengua que yo hablaba, que no decía: “Sacudió la cabeza”, sino que decía “No”; que decía “Chingado”, como mi papá, como decían en la calle. Eso que se contaba ahí era algo real, algo que yo escuchaba, que yo veía, y estaba en un libro. Fue una revelación. Recuerdo ese momento como una epifanía: también los libros hablan de lo que pasa en la calle, en tu calle.

Pero no hubiera llegado ahí de no

haber conocido los postres, de no haber conocido las traducciones, las malas traducciones ante las cuales pensaba que así se decían las cosas en los libros. Si Tormobolo decía en un cómic: “Recórcholis”, yo pensaba: “Pues así se dicen las cosas, aunque en mi barrio nadie hable así”. En este contexto se entenderá mi sorpresa al llegar a Ibargüengoitia y encontrar que decían “Cabrón”, y dije: “Órale, esto es mío”. Esto marcó el mapa que me dijo dónde estaba ubicado en el mundo.

Hoy, después de tantas lecturas, al acercarme a los libros sigo en espera de esa sacudida que sentí por primera vez en la infancia. Sé que no estará en todos los libros que leo, pero sí es la esperanza de encontrarme con un sabor conocido. Creo por ello que la literatura es como una sacudida, como una revelación.

Después de la lectura profesional, académica, que he realizado durante el doctorado y en mi trabajo en la Universidad Veracruzana, voy a los libros un poco más descreído, voy con más desconfianza, lo cual no está bien, pero es parte del trabajo. Creo que parte del trabajo del editor es desconfiar, es como sentarse frente al manuscrito y decirle: “A ver, convénceme”, es leer e ir diciendo: “Este capítulo no está muy bueno, a ver cómo pinta el siguiente”. Es cuando uno piensa que ese libro necesita esforzarse para convencer al lector.

Como lector sé que todavía hay un montón de clásicos pendientes por leer. Además, hoy voy a lecturas más sofisticadas, a autores más subterráneos, pero es por haber pasado por toda esa barra de postres del buffet.

Como editor me queda claro que por más olfato que se tenga en el oficio editorial, al final no se tiene absolutamente idea de qué va a pasar con un libro. Ha

habido apuestas que hicimos a un “muy buen libro”, y de pronto al libro le va malísimo en las ventas; y de pronto ha habido libros que publico sin mucha fe y resulta que les va muy bien con los lectores.

Por fortuna la literatura es mucho más amplia de lo que uno piensa, y en eso radica parte de su magia. Cada descalabro como editor demuestra que la literatura es algo vivo. Me refiero a la literatura en general, no solamente a novelas, poesías, ensayos, sino a todos los libros, a todo lo que está hecho con letras, que son cosas vivas y que van más allá de lo que uno piensa. Si sólo tuviéramos los criterios de los editores, a lo mejor tendríamos algo muy ordenado, pero le faltaría vida. Afortunadamente, los libros rebasan a los editores; por supuesto, a los malos editores.

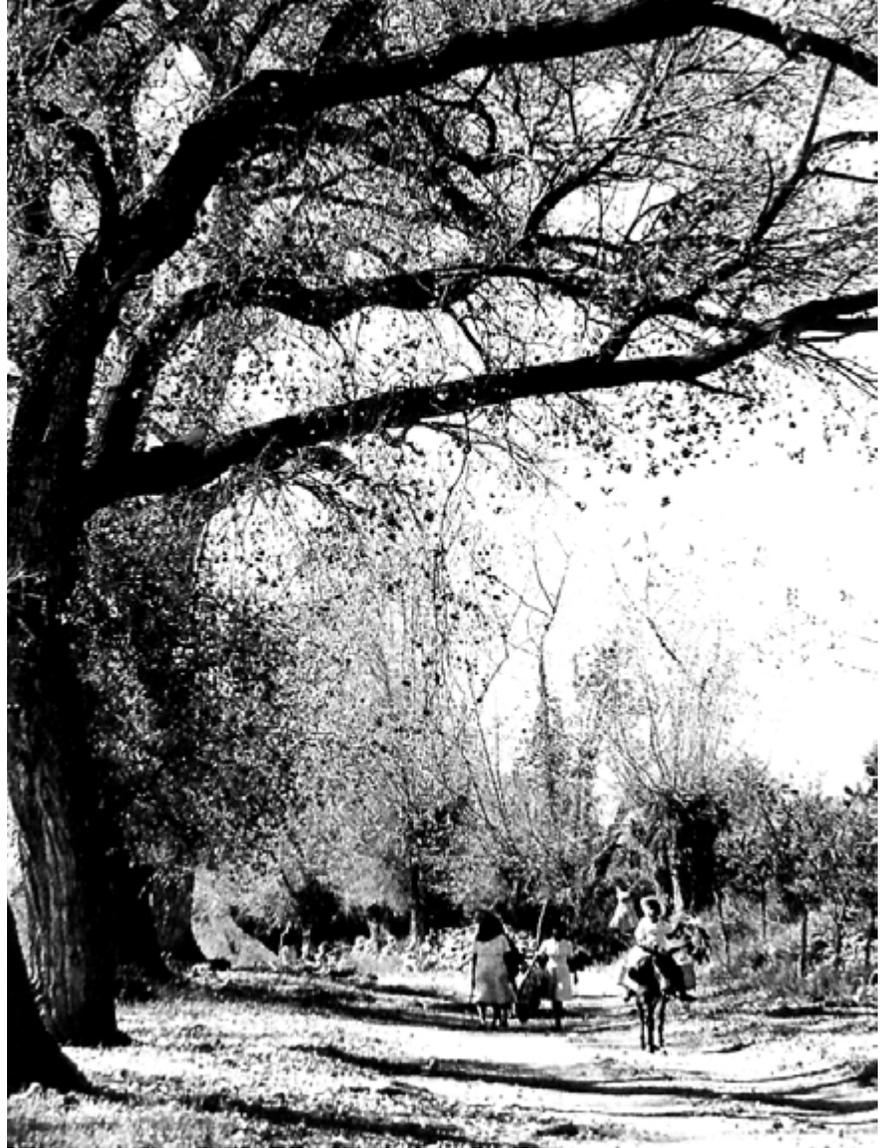
Llegué a ser editor porque me llevó la suerte. Sabía claramente que tenía que trabajar con medios; no con medios electrónicos porque no me interesaba el radio ni la televisión. Me interesaban la prensa, los periódicos, las revistas, pero en La Laguna no sabía que se podía hacer labor editorial con libros. No era algo cercano a mí. En Torreón compraba libros, pero no tenía idea que allí se hicieran con la profesionalidad y la calidad como se editaban periódicos y revistas.

Empecé a trabajar en Torreón, Coahuila, con una suerte muy lamentable en la revista *Adelante*. En la revista *Brecha* conocí y me interesó todo el proceso editorial, porque ahí comencé a cubrir desde fotografía, redacción, corrección, formación, fotomecánica, impresión, alzada de pliegos, compaginación, engrapada, y refinada. Nada más me faltó la distribución. De *Brecha* pasé al *El Siglo de Torreón*. Ahí ya era una cuestión más segmentada y muchísimo más grande.

Empecé como editor en el 1994. Ya voy a cumplir un cuarto de siglo, y sigo creyendo como el primer día que la edición es un oficio, como se lleva un taller. Ciertamente hay una gran teoría sobre la edición, pero la edición es como la carpintería. Hay que ir al taller y trabajar, sólo así se aprende. Por más manuales que se lean para hacer una mesa, hay que saber manejar las herramientas y hacer una mesa.

Trabajé mucho con revistas, aprendí a hacerlas, y de ahí se dio el paso natural a los libros. Este paso fue en el Ciesas, que fue mi primer trabajo formal, ya no como *freelance*, sino de una manera formal como coordinador de publicaciones. Mi jefe, Diego García del Gállego, a quien le aprendí mucho de criterio editorial, me preguntó en la entrevista de trabajo que si yo había editado libros. No tuve más remedio que mentirle: que sí, que claro, que cómo no, por supuesto. ¡No había editado ni un libro en mi vida, sólo revistas! Pero creo que no les fallé. Cubrí mis carencias de inmediato. Como descarga debo decir ahora que yo iba huyendo de las prisas de los cierres de las revistas y los periódicos, pensando que los libros iban a ser una tranquilidad. Acabó siendo todo lo contrario, porque la prisa es general. En el Ciesas me dieron la responsabilidad de editar libros, y me sentía más cómodo que con las revistas.

Creo que hay un libro para cada etapa de la vida, para cada edad. Un libro que nos parece maravilloso puede estar totalmente equivocado si no corresponde con lo que tiene que leer otra persona. Por eso creo que la mejor recomendación es dejar el libro si no te gusta. Déjalo y toma otro. Como lector estás en todo tu derecho. Pero no lo dejes para siempre, porque puede ser que ese libro te marque



si lo lees en el momento que le toca. Hay muchísimos libros, se editan cada año miles de los más diversos temas, pero hay que darles la oportunidad, pues difícilmente llegan solos.

A lo mejor hay libros que a mí no me gustan, pero que a alguien que está empezando a leer lo pueden entusiasmar. Lo que recomendaría es que siempre tengan a un autor mexicano en la lista de lectura. Y llegado a este punto, no puedo dejar de recomendar a Ibargüengoitia y a Revueltas. Creo que ellos dos, en nuestro español de México, son las llaves para sentir que pertenecemos a algo, no sé si a un país, pero por lo menos a una comunidad de desdichados. Leer a cualquiera de ellos, por el humor o por la crudeza,

está más allá de las aventuras que uno viene esperando en otros libros.

Vayan con autores mexicanos, visítenlos en algún momento. Si ya empezaron el recorrido por el buffet, al llegar a los mexicanos van a encontrar diferencias reales, sabores de casa.

Creo que la lectura tiene que ir muy ligado a lo lúdico. Si los papás quieren que sus niños lean, no los presionen, solamente lleven libros a casa. Pongan los libros al lado de los juguetes. Cuando se aburren de sus juguetes buscarán otras cosas y seguramente tomarán lo que está ahí al lado. No será algo disociado, porque va a estar en el mismo campo de juegos, quizás así podrán iniciar a un lector desprejuiciado en el camino de las lecturas de su vida.

# Cuatro años sin Piglia

Manuel Iñaki Leal Belausteguigoitia

El talento de los argentinos va más allá de Maradona o Messi y no es por alimentar su ego (que según el cliché está bastante robusto), pero tienen gente brillante en cualquier ámbito: cine, literatura, pintura, basquetbol, música, boxeo... Hasta en el Vaticano parece que hay uno. Ahora bien, lo que quisiera es recordar a Ricardo Piglia, cuya muerte nos entristeció hace cuatro años, el 6 de enero de 2017.

Cuatro años sin Piglia, me digo y pienso en lo que habrán hecho en Princeton, Universidad donde trabajó hasta jubilarse. Por cierto, ofreció su archivo a la biblioteca de dicha institución, otro generoso gesto del escritor, periodista, conferencista, catedrático, guionista de cine, editor y conversador genial. Quisiera suponer que alguno de los salones importantes se llama Piglia Hall o algo por el estilo. Lo mismo debería de suceder en la Universidad de La Plata, donde estudió Historia en los sesenta, un auditorio en su honor, un aula magna o de pérdida un jardincito con rotonda y fuente.

Escribir mucho y publicar poco era su lema y aunque cubrió todos los géneros, incluida una ópera inspirada en un texto suyo, publicaría “solamente” cinco novelas en vida: *Respiración artificial*, *La ciudad ausente*, *Plata quemada*, *Blanco nocturno* y *El camino de Ida*, que aparecieron entre 1980 y 2013. Su obra abarca ensayos (*Formas breves*, *Crítica y ficción*, *El último lector*), cuentos (*Nombre falso*, *La invasión*), las clases que dictó y las conversaciones con su amigo y colega Juan José Saer, además de sus diarios, que merecen mención aparte.

En efecto, recién cumplidos los dieciséis años, su familia tuvo que mudarse de Androgué, un suburbio cercano a la capital, a Mar del Plata. El padre, médico peronista que esperaba (y trabajaba en ello) la vuelta del general, sufrió la cárcel y otras linduras; por eso, una madrugada de junio se fueron hacia la costa, en clandestinidad total. Ese cambio lo afectaría tanto que en el futuro ya no le importó el lugar donde habría de vivir (California, Uruguay, New Jersey, Buenos Aires), confesó con nostalgia.

Así nacieron sus diarios, plasmando el desasosiego por la mudanza, y casi medio siglo después había llenado 327 cuadernos. Dichos apuntes cotidianos “son ridículos por pretenciosos, pero sin ellos nunca hubiera surgido mi escritura posterior”, afirmaba. Andrés di Tella hace un estu-

**Manuel Iñaki Leal Belausteguigoitia** (Torreón, Coahuila, 1975). Lagunero y errante, estudió derecho en la Ibero Torreón y después Literatura latinoamericana en la Universidad de Estrasburgo. En 2006 colaboró en el libro *Torreón, ciudad centenaria* con el texto “En tres y dos. Divagaciones sobre el beisbol en Torreón”, y también en las antologías *Imaginaria Laguna* (Icocult, 2005) y *Acequias de cuentos* (Ibero Torreón, 2003). Publica la columna “Botas del pantano” en *Acento Diario*, de Santo Domingo, República Dominicana. manuelleal75@gmail.com



pendo recuento en un documental.

Mi primer contacto con su literatura fue *Plata quemada*, que cuenta el asalto (real) a las arcas de la municipalidad de San Fernando y la posterior fuga de los atracadores a punta de metralla, lo que los lleva hasta Montevideo. Una vez allá, se saben acorralados en un departamento-ratonera y provocan un final lento, salpicado de balas. Entonces se ponen a quemar el botín: “Desde la banderola de la cocina lograban que la plata quemada volara sobre la esquina. Parecían mariposas de luz, los billetes encendidos”.

Una novela que te engancha sin remedio, escrita como crónica policial, que

nos recuerda *A sangre fría* de Capote, aunque el argentino se mueve como pocos en los lindes de ficción y realidad, ya que, salvo los nombres de los asaltantes y la increíble quema del dinero, el resto es invención y el lector cae en el garlito con candidez infantil.

Asimismo, leí con idéntico regocijo *Blanco nocturno*, trama que sucede en la Pampa: unas gemelas caprichosas, encantadoras y ricas; un galán caribeño tan enamorado que no se decide por ninguna (y acaba con ambas); una fábrica alucinante; un asesinato...

A Piglia le gustaba jugar con las palabras, en *Blanco nocturno* (que sueña a oxímoron), alude al instante en el

que la noche y el día se confunden para sucederse y, al mismo tiempo, hace referencia a los lentes que llevaban los soldados británicos en la Guerra de las Malvinas, que, obvio, lo veían todo.

El mismo juego lo vemos en el título de *El camino de Ida*. Su *alter ego*, Emilio Renzi, personaje habitual en sus textos (que es la otra parte de su nombre), va a una exclusiva universidad para escapar de una atmósfera desquiciada: “Estaba perdido, desconectado, hasta que por fin —por azar, de golpe, inesperadamente— terminé enseñando en los Estados Unidos”, a donde llega gracias a una directora: la guapa y misteriosa Ida Brown.

Recorre varios caminos, burlándose

con ironía del mundo académico donde un rector colecciona bestias marinas en el sótano de su casa; del *american dream* que fomenta la individualidad salvaje y en cuyo entorno un científico de Harvard puede volverse un asesino escurridizo.

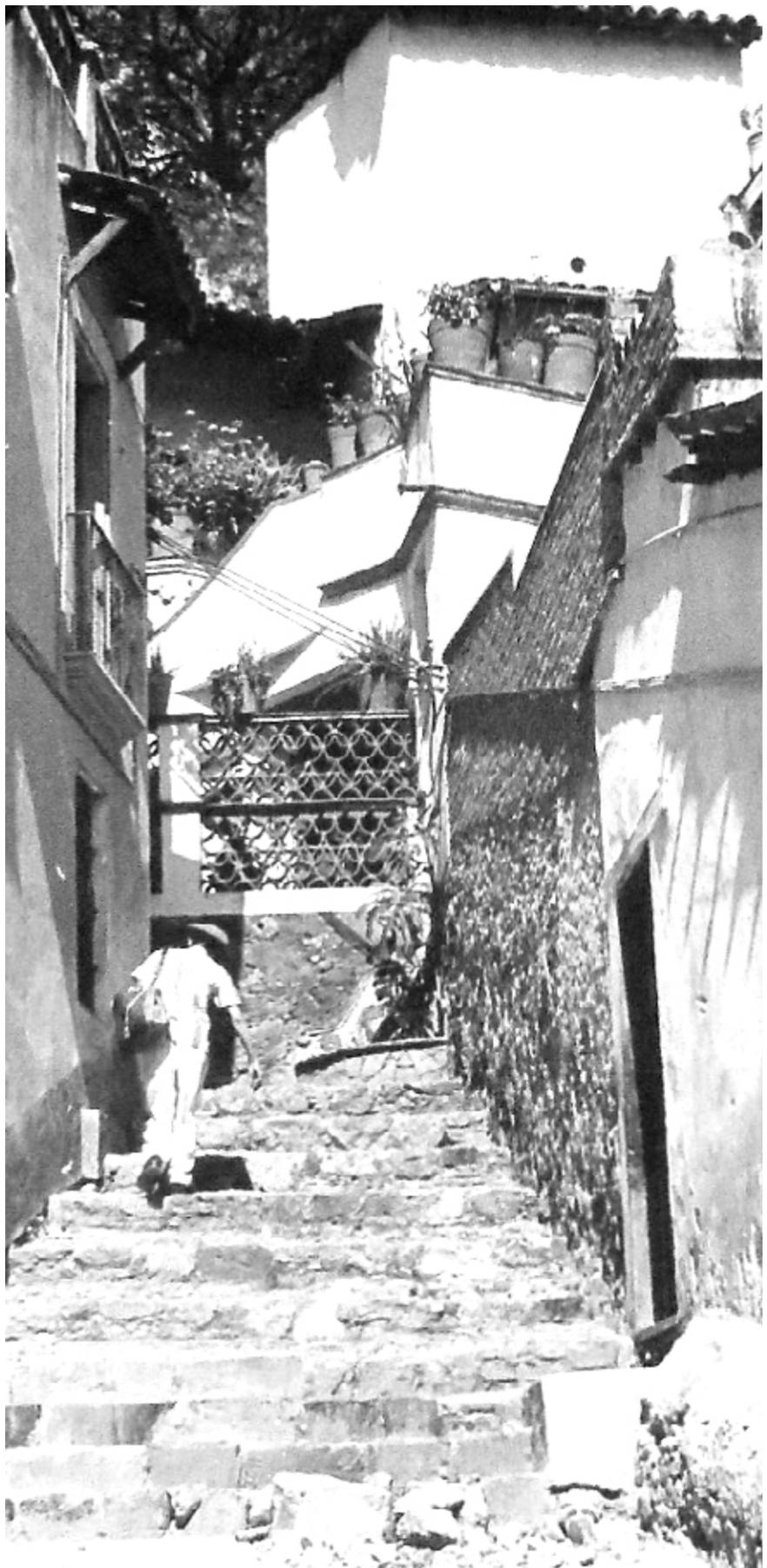
En septiembre de 2013, Piglia se entera de que sufre esclerosis lateral amiotrófica, esto es, con el tiempo perderá el movimiento aunque conserve sus facultades intelectuales. Los medicamentos cuestan casi cien mil dólares y su seguro médico, faltaba más, inventó una y mil excusas para no pagarlos. Pese a que un juez obligó a la aseguradora a cumplir, en América Latina la justicia no es ciega, sino tan lenta que acaba por aplazarse, como lo afirma Villoro.

Sin que la actitud mezquina de Medicus mermara su ánimo y con la ayuda de su esposa Beba Eguía, se puso a corregir los papeles guardados en el cajón (era inmenso) como *El camino de Ida*, *Antología personal*, *Los diarios de Emilio Renzi* (tres volúmenes) y dejó otros tantos para que se publicaran póstumamente.

Por si fuera poco, dio una cátedra en la Biblioteca Nacional, que fue transmitida en la televisión: *Borges por Piglia* (disponible en línea). La charla inicia con una pregunta sencilla: por qué don Jorge Luis es un buen escritor, para luego explicar con una sabiduría sin pretensión los circuitos y las obsesiones en la obra borgeana.

Como él mismo agregaba, la novela policiaca es el pretexto ideal para hablar de lo que sea. Claro, sus historias saltan del ensayo a la disertación, de la ficción a la crítica, del humor a la fantasía. Valeria Luiselli lo resume mejor que yo: Piglia reducía (ampliaba) la literatura a su dimensión más humana.

¡Cuatro años ya, qué pena!



# El inicio del siglo XX en una región muy singular

Gerardo Alfredo Martínez Macías

La Comarca Lagunera, zona localizada en el norte y centro de México, consta de una extensión territorial de 48,887.50 km<sup>2</sup>. Conforme a lo descrito por Corona Páez (2005), la región está integrada por quince municipios libres y soberanos, diez del estado de Durango (General Simón Bolívar, Gómez Palacio, Lerdo, Mapimí, Nazas, Rodeo, San Juan del Cordero, San Pedro del Gallo, Tlahualilo) y cinco del estado de Coahuila (Francisco I. Madero, Matamoros, San Pedro, Torreón y Viesca). Según expone Santibáñez (1992) “La Región es una unidad físico-geométrica-económica y social, poseedora de una gran homogeneidad en la vocación de sus suelos y su clima” (p. 14), y esto le da ciertas características propias que la distinguen de otras regiones de México; cuenta con una fuente de riqueza basada en la propiedad de la tierra y su conveniente explotación, gracias a la presencia de dos ríos, el Nazas y el Aguanaval, para convertirse en generador de emporios agroindustriales y en un centro de oportunidades laborales para todo aquel que tenga el deseo y la necesidad de trabajar.

A pesar de que la segunda década del siglo pasado, en la cual se desarrolla la Revolución Mexicana, es considerada la parte menos estudiada por los historiadores económicos, como lo reconoce Lomelí (2012), por el desorden político e institucional que vivió el país, existieron regiones que experimentaron prosperidad. Tal fue el caso de La Laguna. Para la Comarca Lagunera, el surgimiento de los principales centros poblacionales con el rango de ciudades a principios del siglo XX, 1905 para Gómez Palacio, Durango, y 1907 para Torreón, Coahuila, marcó la relevancia del desarrollo económico de esta región, ya que contaban con la infraestructura necesaria para esos tiempos, lo que permitió una ventaja competitiva así como ser la representación de la modernidad del gobierno del presidente Porfirio Díaz ante el mundo, como lo describe Corona (2005).

La posición geográfica de la región es una de las ventajas competitivas que posee, y como consecuencia impulsó el desarrollo económico en la región lagunera. El trazo e instalación de la vía para el ferrocarril Central por estas tierras permitió la conducción de grandes cantidades de algodón y algunos otros productos agrícolas que se cultivaban desde la mitad del siglo XIX y hasta las tres cuartas partes del siglo XX, y según

## Gerardo Alfredo Martínez Macías

Ingeniero Industrial Eléctrico, maestro en Ciencias en Ingeniería Industrial, maestro en Administración y alta dirección. Tiene experiencia laboral de más de veinte años en la industria de autopartes automotrices, de servicios y fabricación de muebles. Actualmente es docente del Tecnológico Nacional de México y del Instituto Tecnológico Superior de Lerdo. Estudiante del programa de doctorado en Investigación de procesos sociales ofrecido por la Ibero Torreón.  
gerardo.martinez@ibero-torreon.edu.mx



Guerra (1996), la llegada de los ferrocarriles por esta región “fue un suceso no solamente de trascendencia regional, sino de amplios alcances para la prosperidad de todo el País”. (p. 352); contar con facilidades para disponer y enviar cualquier mercancía al centro del país fue muy importante: “... el desarrollo de las vías ferroviarias favoreció la integración de la economía regional al mercado nacional” (Plana, 1996, p. 147).

Por otro lado, con la comercialización del algodón fue surgiendo una clase media acomodada que iniciaba diversas actividades económicas y con múltiples intereses de tipo agrario, comercial e industrial, y con ello, como afirma Plana (1996), se establecieron los cimientos para la industrialización del noreste de México y de La Laguna, convirtiendo a esta última en un centro de desarrollo

económico: “En la primera década del siglo XX se acentuó pues la diversificación de los intereses económicos de los señores del algodón” (p. 251). Un progreso económico que era atractivo para todos los habitantes del norte y centro del país e incluso de extranjeros que, al escuchar de las posibles oportunidades de negocio, optaban por visitar la Comarca Lagunera y en ocasiones establecer residencia definitiva en estas tierras. Como lo menciona Corona (2005), la inmensa mayoría de los extranjeros que establecían su domicilio en la región, en concreto en Torreón, “no poseían bienes de fortuna cuando llegaron a México” (p. 106), lo cual le imprimió un sentido especial a la fuerza de trabajo para lograr riqueza material.

Empresas agroindustriales como la Compañía Industrial Jabonera de La

Laguna, creada en 1898, permitió el aprovechamiento de total del algodón, ya que de esta planta de la familia de las malváceas se pueden obtener “desde forrajes, aceites, fibras, hasta el jabón”. (De la Torre, 2011). La elaboración de la pasta aceitosa conocida como *cake* permitió la sobrevivencia de empresas jaboneras, como Jabonera La Esperanza en la ciudad de Gómez Palacio, Durango, aun durante los días bélicos de la Revolución Mexicana, ya que este insumo es necesario para la elaboración de jabones. Personajes como Juan F. Brittingham se convirtieron en impulsores de esta rama industrial con el objetivo de aprovechar íntegramente los frutos del cultivo del algodón así como promover la instalación del Banco de La Laguna: “éste uniría su apellido y su gestión empresarial a la vivaz comarca lagunera” (Cerutti,

1996). Emporios textiles surgían en La Laguna desde finales del siglo XIX, con una importante participación en la industrialización de la región. Compañías tales como La Amistad, en terrenos de Gómez Palacio; La Constancia, que inició sus labores en Mapimí y que después abrió las puertas de una sucursal en Torreón; la empresa La Fe, que, como detalla Plana (1996), estaba integrada por un consejo de administración donde participaban agricultores locales tales como Pragedis de la Peña y Joaquín Serrano; este último también participaba activamente en la industria de aceites y jabones obtenidos del proceso del algodón, al fundar en 1900 una nueva fábrica denominada La Unión. Familias como los Martín Borque participan igualmente en el desarrollo económico de la región, al instalar hacia 1905 en la ciudad de Torreón, bajo la dirección del señor Pascual Borque, tío de los señores Armado y Francisco Martín Borque, un pequeño establecimiento denominado La Soriana dedicado inicialmente a la venta de telas, el cual ya para 1920 tenía a la venta diversos artículos, tales como ropa, artículos para el hogar, perfumería y novedades de esa época.

Un aspecto importante del desarrollo industrial fue la formación de la Fundición Metalúrgica de Torreón, que constituida en 1901 con un consejo de administración bajo la directiva de Ernesto Madero, según declara Plana (1996), fue comprada y anexada a la también lagunera Compañía Minera Peñoles, la cual inició operaciones en el municipio de San Pedro del Gallo, en el año de 1887, siendo esta última la que experimentó un notable crecimiento al disminuir las empresas extranjeras dedicadas a la extracción de minerales durante la Revolución Mexicana: “Este

proceso se vio acompañado de un crecimiento de los grandes conglomerados mineros y metalúrgicos, como Asarco y Peñoles, que absorbieron muchas propiedades” (Gómez Galvarriato, 2014, p. 126). Otra empresa relevante para la industrialización de La Laguna fue la Continental Mexican Rubber Company, la cual procesaba la planta del guayule (*Parthenium argentatum*) para la obtención de látex, ceras y gomas, y, según Rico (2019), las exportaciones de la planta industrial localizada al sur de la ciudad de Torreón representaban un promedio de mil pesos diarios al inicio de sus actividades en 1905 y se incrementaron hasta 100 mil pesos diarios en 1907.

Todo este desarrollo agrícola, comercial e industrial estimuló el crecimiento de la población, especialmente de la económicamente activa, la cual ingresaba a los campos de cultivo y a las instalaciones comerciales e industriales a ofrecer una fuerza de trabajo “itinerante y barata que fue indispensable, especialmente para la cosecha” (Aboites Aguilar, 2002). Marcando el incremento de la población urbana y rural de La Laguna, en los albores del siglo anterior, impulsando la urbanización de las incipientes ciudades de Gómez Palacio, Lerdo y Torreón, “La economía algodonera favoreció el acelerado crecimiento demográfico de la región, convirtiéndola en un polo



de atracción migratoria constante, que incluía jornaleros con cierta capacidad de movilizarse y exigir mejora en sus salarios” López Franco (2012, p. 149). Los primeros pasos de la industrialización de la región estaban dados, y de las presentes y futuras generaciones depende continuar con las huellas de nuestros ancestros laguneros que reconocieron en estas tierras áridas una oportunidad de progreso.

#### REFERENCIAS

Aboites Aguilar, L. (Junio de 2002). La Agricultura del Norte Mexicano durante el siglo XX. *Revista de la Universidad de México*, 35-41. Recuperado el 14 de agosto de 2019, de <https://www.>

[revistadelauniversidad.mx/articulos/fe-d237a4-823c-454a-88ae-16671cf5ccf3/la-agricultura-del-norte-mexicano-durante-el-siglo-xx](https://www.revistadelauniversidad.mx/articulos/fe-d237a4-823c-454a-88ae-16671cf5ccf3/la-agricultura-del-norte-mexicano-durante-el-siglo-xx)

Cerutti, M. (Mayo de 1996). Compañía Jabonera de La Laguna. *Revista de la Universidad de México* (544), 26-31. Recuperado el 14 de agosto de 2019, de <https://www.revistadelauniversidad.mx/articulos/d17c4733-1933-487a-9225-026cdc389834/compania-jabonera-de-la-laguna-de-los-origenes-a-la-revolucion>

Corona Páez, Sergio Antonio. (2005). *La Comarca Lagunera, constructo cultural*. Torreón, Coahuila: UIA Torreón.

De la Torre, Á. (26 de septiembre de 2011). “Jabonera La Esperanza: esplendor, abandono y rescate”. *El Siglo de To-*

*rreón*. Recuperado el 14 de agosto de 2019, de <https://www.elsiglodetorreon.com.mx/noticia/663518.jabonera-la-esperanza-esplendor-abandono-y-rescate.html>

Gómez Galvarriato, A. (2014). Modernización económica y cambio institucional: del porfiriato a la segunda guerra mundial. En G. Márquez, *Claves de la historia económica de México: El desempeño de largo plazo (siglos XVI-XXI)* (pp. 103-142). México: Fondo de Cultura Económica.

Guerra, E. (1996). *Historia de La Laguna*. (Ayuntamiento de Torreón) Torreón, Coahuila: Editorial del Norte Mexicano.

Lomelí Vanegas, L. (Septiembre-Diciembre de 2012). “Interpretaciones sobre el desarrollo económico de México en el siglo XX”. *Journal of Economic Literature*, 9 (27), 91-108. Recuperado el 14 de agosto de 2019, de <http://www.economia.unam.mx/assets/pdfs/econunam/27/05lomeli.pdf>

López Franco, R. (2012). “Actores sociales en la conformación de lo lagunero”. En H. G. Hernández Alvarado, *Referentes identitarios de lo lagunero* (Primera ed., p. 149). Torreón, Coahuila: Universidad Autónoma de Coahuila.

Plana, M. (1996). *El reino del algodón en México. La estructura agraria de La Laguna (1855-1910)* (Vol. III). (S. Grafo Print editores, Ed.) Monterrey, México: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León, UIA Torreón, Centro de Estudios Sociales y Humanísticos de Saltillo.

Rico, I. (2019). *Efemérides de la Historia de Torreón*. Torreón, México: Archivo Municipal.

Santibáñez García, E. (1992). *La Comarca Lagunera. Ensayo monográfico*. Torreón, Coahuila: Tipografía Reza.



# Erótica de los "Sonetos con lugares comunes"

Jesús Nares Jaramillo

La serie paródica de cuatro "Sonetos con lugares comunes" de Fernando del Paso utiliza procedimientos metafóricos extendidos en los que la metáfora cliché del endecasílabo inicial adquiere gradualmente un mayor excedente de sentido.

Como la parodia, el cliché o lugar común hace eco de otros textos y "pone de relieve la forma" al "hacerla perceptible", por lo que "se denuncia a sí mismo como un elemento retórico"<sup>1</sup> (Beristáin, 94), como "expresión lingüística marchita por el uso excesivo" (94), "abuso de fórmulas" que vacía de sentido o trivializa expresiones "o situaciones" (Moisés, 325). Un tipo de lugar común son las metáforas gastadas (325).

Las metáforas cliché siguen latentes, entre el fósil y la innovación: las metáforas "más trilladas y predecibles" se hallan "en el centro" de una gradiente que va del "extremo" de las "metáforas creativas infrecuentes" al "extremo opuesto" de las "metáforas fósiles" (Lakoff 12) —redes semánticas cotidianas e híper fosilizadas (14).<sup>2</sup>

La metáfora, el motor de la poesía, es la tensa equivalencia entre dos dominios de experiencias lógicamente disímiles, cuyo núcleo es la palabra, potenciada y acotada por sus contextos inter y extra discursivos. Esta tensión se "resuelve" en un tercer significado, un excedente de sentido y una imagen sensorial que rebasan la mera traducción lógica de la fórmula. Por esta razón, la metáfora no se puede transcribir en un sentido literal sin perder información sensorial y psicológica (Ricoeur, 229).

La metáfora es similar a la metonimia (una parte de A ≈ todo A), al oxímoron (A ≈ anti-A), a la tautología (A ≈ A) y a la comparación (A es como B), si no es que los subsume. Utilizo, pues, el término *metáfora* para englobar todos estos procedimientos.

El primer endecasílabo de cada soneto —"Es tan blanca tu piel como la nieve", "Tus ojos son azules como el cielo" ...— es una relación conocida entre dos elementos (piel-nieve, ojo-cielo). Los "Sonetos..." subvierten estos lugares comunes con nuevas relaciones semánticas: "Tus ojos son azules como el cielo/ el cielo es una diáfana mentira", A ≈ B ≈ C. ∴ A ≈ C. La metáfora inicial, pues, adquiere un excedente mayor de sentido conforme avanza el poema y/o el conjunto de poemas. Cada poema es un recorrido, una progresión transformadora del lenguaje.

## Jesús Nares Jaramillo

(Torreón, Coahuila, 1991). Estudió Letras Hispánicas en la Universidad Nacional Autónoma de México. Es traductor y corrector de estilo. Su cuento "Chivo" fue finalista del 5º Premio Endira de Cuento Corto, y aparece en la antología *Resistencia* (Endira, 2018).  
jesusnaresjaramillo@gmail.com

El soneto I tiene dos núcleos metafóricos —*nieve=tu piel=tú* (*nieve=tú*) y *sol=yo poético*— ligados por *lluvia=llanto*. De hecho, el primero y último versos del soneto son “Es tan blanca, tu piel, como la nieve” y “Ningún sol, como yo, tan desolado”. La identidad

arquetípica de los personajes —poeta masculino y oyente femenino— están reforzados por el género gramatical de *nieve* (la “novia”) y *sol*.

Ambos núcleos están gastados por una larga tradición de uso y abuso; y son, por lo mismo, altamente polisémicos. El

soneto I aprovecha esta cualidad y se vale, por ejemplo, del sedimento cultural de la imagen del sol, símbolo de poder masculino, “símbolo universal” de Dios y “del rey”<sup>3</sup> (Chevalier, 950).

Al atribuirse el sol como insignia, el poeta (auto)ironiza, avala y subvierte,



este símbolo de grandeza masculina: cuando “el sol (...) se enamora en un instante”, “aunque es muy grande, no se atreve/ a hacerse olvidadizo y arrogante. / Se acuerda de su novia fulgurante/ y se pone a llorar”. El sol, pues, queda “desolado”.

Por otra parte, el blanco —“color de la pureza (...), pasivo, que muestra que nada aún se ha cumplido” y, por tanto, virginal—, en cambio, acá “se acuesta con la nieve y se la bebe” en sus repetidas nupcias, y transforma a la nieve en lluvia y en vapor.

La lluvia-llanto (“Se pone a llorar y entonces llueve”) liga la nieve-tú y al sol-poeta, cuando la lluvia, que era llanto, “se hace nieve”. La anadiplosis —“Es tan blanca tu piel como *la nieve*. / La nieve quiere al sol, por lo brillante. / Y *el sol*”— y el polisíndeton —“Y llueve y llueve y llueve”— refuerzan la liga entre ambos núcleos poéticos.

El soneto II presenta una red semántica compleja, cuyo nodo principal es más difícil de ubicar. El comparante que más se repite, sin embargo, es el cabello rubio, lustroso: “oro”, “río de dorada quietud”, “destello”, “verano”, “otoño”... Pero estos comparantes, a la vez, remiten unos a otros. El otoño es el que vuelve “las hojas de un manzano” amarillas.

El soneto navega del verano soleado al amarillo otoñal: “El oro y el otoño, que es su hermano/ (...) viajan, río abajo, por tu cuello”. El poema reboza de imágenes en movimiento: “se despiden, volando”, “río/ de dorada quietud”... Esta última resume la imagen principal del soneto: viaje, metamorfosis, “litro de luz” embotellado, y reelaboración del cabello rubio ondulado que cae por el cuello de la tradición petrarquista.

El contexto discursivo acota y po-

tencia sus elementos individuales. Es como si el sol y el oro tiñeran las hojas del manzano en otoño y las mariposas —cuyo color no explicita el poema. Al estar juntas en la misma lista, cobran lógica de conjunto (Eco, 131).

El segundo poema se vale también de símbolos con fuerte carga cultural. “El oro, considerado tradicionalmente como el metal más precioso, es el metal perfecto (...). Tiene el brillo de la luz” y “carácter ígneo, solar y real, incluso divino” (Chevalier, 784).

Los versos “qué no te diera:/ mi peso en oro, en sol, en mariposas” sugieren dos lecturas simultáneas, la del amante entregado, pero también la del poeta capaz. Su peso en sol o en mariposas son regalos poéticos, actos de habla/ escritura. Otra vez, se trata de autoironía. Estas dádivas enaltecen al poeta, *servus amoris*, pero las hipérboles nos hacen sospechar que no es del todo en serio. Además, la “regla” de tres de la *gradatio* termina en anticlímax: en contraste con el oro y el sol, símbolos de grandeza, de poder, de pesantez, la mariposa es “símbolo de ligereza e inconstancia (...) sutil” que se metamorfosea (691).

El soneto III es, de la serie, el viaje más intrincado. Al principio, y “al final de este viaje, están tus ojos”, lo que forma un circuito de metamorfosis concatenadas. Los ojos son cielo; el cielo, una mentira; la mentira, una garza... El inicio del viaje puede esquematizarse de la siguiente manera: A=B, B=C, C=D —“ojos azules como el cielo, / el cielo es una diáfana mentira, / la mentira, una garza”—, donde el cuarto y el quinto elementos no son sólo un sustantivo, sino frases nominales, las escenas de “una garza que suspira/ por besar a una estrella a medio vuelo” de “la llama”, “un espejo en que se mira/ con la lengua

de fuera un toro en celo” que “por amor, está de hinojos”.

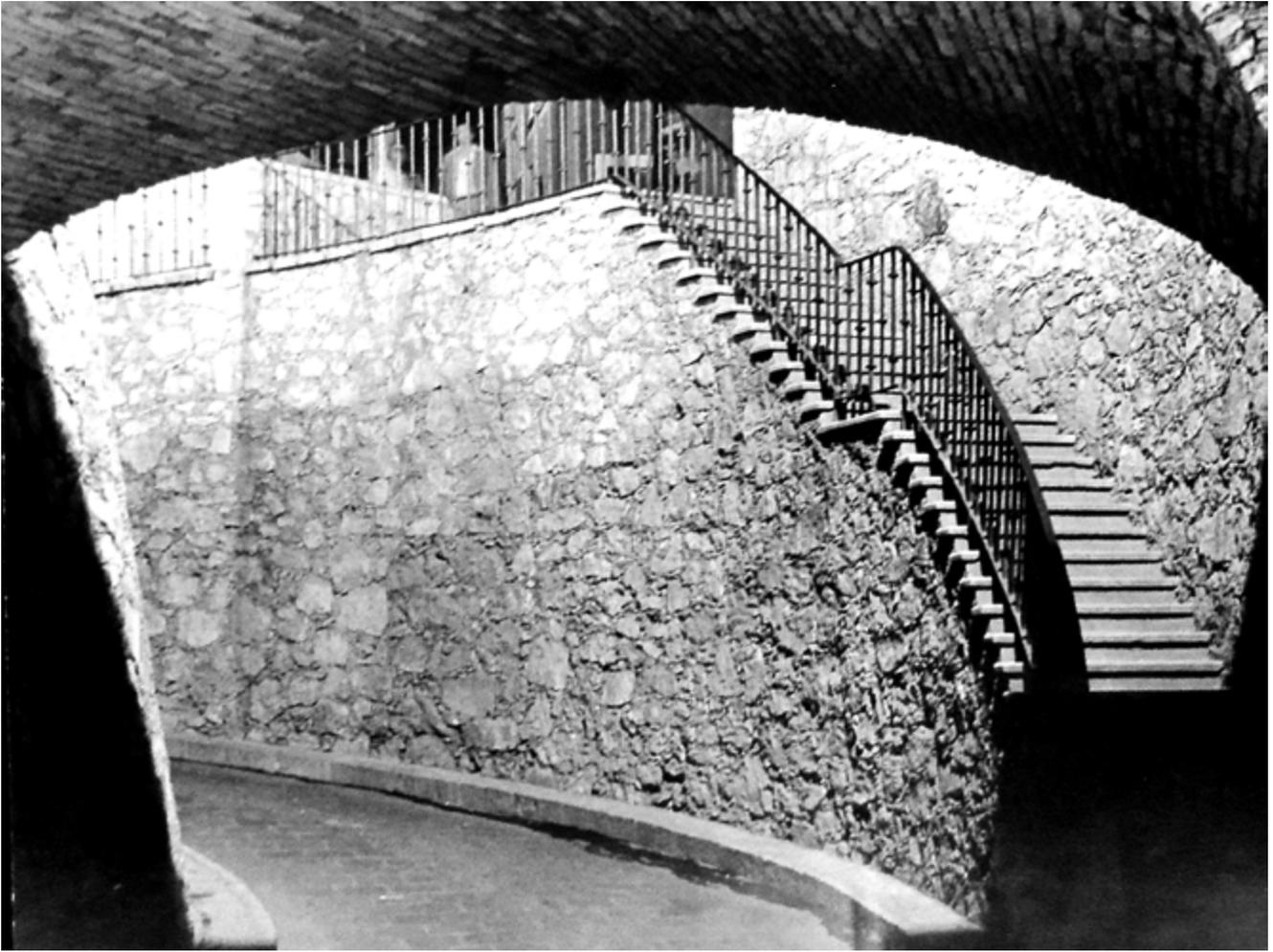
Justo estas dos escenas del viaje representan el anhelo o la servidumbre por amor. La garza mira hacia arriba, hacia la estrella; el toro mira hacia arriba, de rodillas, y se ve en la llama-espejo del pelo-llama. Este soneto ocular contiene un juego de espejos y de miradas entre el amante-*servus* y la amada-*domina*.

El soneto III (auto)ironiza el *servitum amoris*. El yo poético se compara con un toro, que “evoca la (...) potencia”, la “fogosidad irresistible” del “macho impetuoso” (1001).<sup>4</sup> Y el yugo. “El toro, por amor, está de hinojos” así como “El sol, aunque es muy grande, no se atreve/ a hacerse olvidadizo y arrogante”.

La robustez telúrica del toro contrasta con los símbolos femeninos del poema, aéreos, huidizos, que se fugan —como de la garza el suspiro— del amante masculino: “una *estrella a medio vuelo*. // La estrella es un *secreto* de tu pelo, tu pelo es una *llama que delira*”; “el amor es de nubes transparentes, / las nubes son de un *sueño* y van *de viaje*”.

El soneto IV empieza con la tautológica “La rosa es una rosa es un rosa” y despliega un elenco menor de comparantes: rosa, rosa y boca a la vez, es “lascivo licor” y fuego (“boca que quema lo que toca”, “llamarada”). Esta estrechez la refuerzan las aliteraciones hasta el punto de la paronomasia: casi un trabalenguas boca/rosa/roja, y las anáforas.

Símbolo dominante en la tradición sonetística, “Notable por su belleza, su forma y su perfume”, la rosa “es la flor simbólica más empleada en Occidente” (891), que toma fuerza en el amor cortés del Medioevo, donde, en el “Jardín del



amor de la caballería”, es “símbolo de la Virgen” (892) y también “símbolo (...) del amor puro” (893). Una vez más, el símbolo de la virginidad o del amor cortés se lee acá en su acepción sexual.

Los “Sonetos...” comparten a) la *laudatio puellae* tradición petrarquista destilada a su paleta mínima: piel blanca, cabello dorado, ojos azules, boca roja, la écfrasis de un *close-up* de *El nacimiento de Venus* de Botticelli (*ut pictura poësis*); b) símbolos masculinos (sol, toro) como *servi amoris*; c) el poder del poeta, capaz de efectuar tanto una *transformatio amanti* como una *mutatio amanti*; <sup>5</sup> d) la transformación, la huida y el anhelo: el suspiro; los “jirones” de piel-nieva; los vuelos (“a medio vuelo”, “se despiden volando”);

los viajes (“viajan río abajo, “al final de este viaje”); la nieve que se derrite, las hojas otoñales, la rosa (símbolo de lo efímero) —“el amor”, pues, “de nubes transparentes”.

Los “Sonetos...” resaltan el artificio, traen el lenguaje al “primer plano” (Culler, 40-41) que las metáforas achatas han perdido. La disrupción, el giro irónico, la “nueva” relación boca-rosa producen nueva tensión, mayor densidad semántica. Así, el lenguaje de nuevo desbordado y desbordante provoca, estimula, intranquiliza, causa “ese tipo de nerviosismo que Susan Sontag ha llamado erótica del arte” (Iser 133).

<sup>1</sup>Todas las cursivas de las citas son mías.

<sup>2</sup> Aunque es cierto que las fronteras entre

uno y otro tipo de metáfora no son, en la práctica, tan tajantes.

<sup>3</sup> En general, las divinidades nómadas-femeninas se han asociado con la luna; las sedentarias-agricolas-masculinas, con el sol: Shamash (*Gilgamesh*, 120), Cristo, *Sol iustitiae*, *Sol invictus* (Chevalier, 950).

<sup>4</sup> Sol y toro son símbolos antiquísimos de masculinidad. Ver nuevamente *Gilgamesh* (61).

<sup>5</sup> Reforzada por la prosodia. Los encabalgamientos, por ejemplo, crean tensión entre las pausas de ritmo y rima (donde la lectura se retarda para enfatizar ciertas palabras) y la continuidad de pensamiento de la sintaxis “prosaica”. Esta estrategia retórica engancha una línea a otra, y recalca el viaje por eslabones de metáforas.

En su décimo aniversario luctuoso

# Boceto de Paco Amparán

Jaime Muñoz Vargas

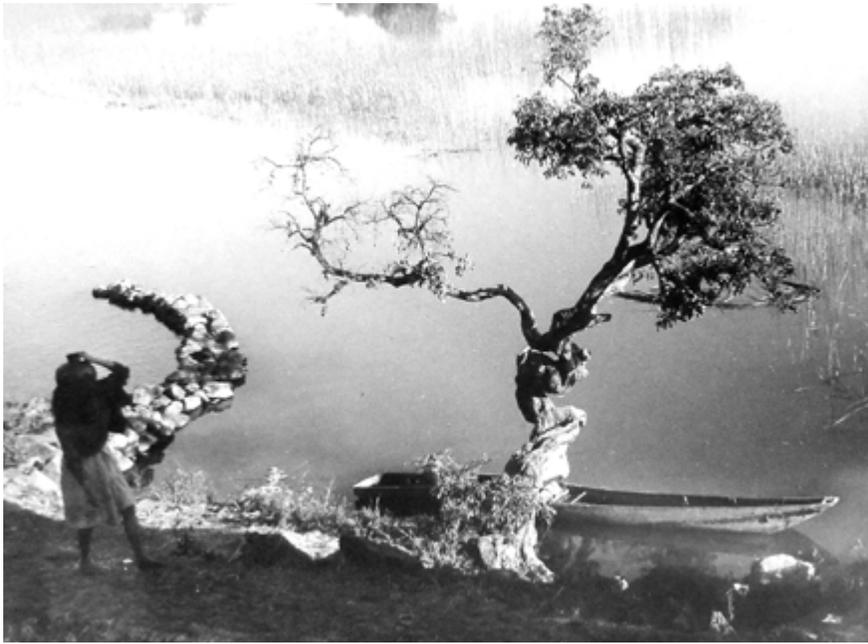
**A**dentrarse en la vida y en la obra de Francisco José Amparán Hernández, Paco Amparán a secas, es ingresar a una de las trayectorias intelectuales más ricas y consistentes de la literatura lagunera. Ricas porque Amparán tocó muchos quehaceres vinculados con el pensamiento y la creación; consistentes porque desde su infancia fue un hombre que organizó su mundo para leer, escribir y transmitir sus múltiples saberes frente a diferentes públicos. Es difícil, por esto, aglutinar una vida tan fructífera en un puñado de cuartillas, y todavía es más difícil hacerlo cuando hasta hoy, diez años después, no nos reponemos de la sorpresa que causó su desaparición física la tarde del 4 de julio de 2010.

Paco Amparán nació en Torreón el 23 de octubre de 1957 a las 2.15 de la tarde en la Clínica Torreón. Fue registrado en Gómez Palacio el 6 de noviembre del mismo año. Sus padres fueron Francisco Amparán Hernández, oriundo de Durango capital, y de Josefina Hernández de Amparán, de Chihuahua. Por el lado de sus cuatro abuelos Paco Amparán tenía cepa chihuahuense: los dos paternos de Parral; los dos maternos de Chihuahua. En ese origen quiero imaginar que se basaba la índole de Paco: era trabajador, organizado, incansable como lo son la mayoría de los chihuahuenses. Sé que buena parte de su vida, la parte más formativa, la vivió en Gómez Palacio, y que desde pequeño mostró una inclinación marcadísima por la lectura, pedestal en el que se apoyaría todo lo que hizo en el futuro. Era un lector tan constante que ni los estudios en ingeniería química industrial consumados en el Tec de La Laguna lo separaron de los libros humanísticos. Su vocación, si pudiéramos resumirla en una palabra, era la de lector. Leía hasta caminando, como lo recuerda su amiga Asunción del Río al evocarlo como compañero de trabajo y amigo en el Tec de Monterrey Campus Laguna (caminaba, escribe Asunción, “a paso rápido y con la cabeza baja, cuando no metida en un libro”). Tal vez sus primeras lecturas, desde siempre la del *National Geographic*, gusto que heredó de su padre, despertaron en Amparán la obsesión de imaginar. Eran tiempos sin internet, claro está, pero él ya navegaba por el conocimiento del mundo gracias a su curiosidad sin freno, al contacto permanente con las revistas cultas y los libros igualmente nutricios.

Hay zonas de la vida de Amparán que desconozco, pero por lo que le oí, le leí o supe de terceros, sé que jamás cedió a la tentación de la inactividad. Su inquietud fue inquebrantable y por ello no es extraño que su último día de vida haya coincidido con un día más de la publicación de su columna. En efecto, siempre que lo vi

## Jaime Muñoz Vargas

(Gómez Palacio, Durango, 1964) Es escritor, maestro y editor. Radica en Torreón. Entre otros libros, ha publicado *El principio del terror*, *Juegos de amor y malquerencia*, *El augurio de la lumbre*, *Las manos del tahúr*, *Polvo somos*, *Ojos en la sombra*, *Leyenda Morgan* y *Parábola del moribundo*. Ha ganado los premios nacionales de Narrativa Joven (1989), de novela Jorge Ibarguengoitia (2001), de cuento de SLP (2005), de narrativa Gerardo Cornejo (2005) y de novela Rafael Ramírez Heredia (2009). Escribe la columna Ruta Norte para el periódico *Milenio Laguna*. Algunas de sus obras han sido motivo de estudios académicos, tesis y referencias, entre otras, de la Universidad de Misisipi y de Texas, en EU; de la de Utrecht, en Holanda; y de la de Valladolid, en España. Actualmente es maestro y coordinador editorial de la Ibero Torreón.  
rutanortelaguna@yahoo.com.mx



estaba en contacto con un libro y desde que me recuerdo como lector de periódicos y libros por allí rondaba la firma de Paco Amparán. Cerca de cuarenta años, entonces, han pasado desde que leí algo de su cuño, así que no es exagerado afirmar que el tamaño de su obra completa, incluido el periodismo, constituye uno de los productos más destacados y abundantes de la escritura en La Laguna. Gracias a mi manía de coleccionar papeles viejos di en mis incómodos archivos con dos entrevistas concedidas por Amparán, una a *La Opinión*, publicada en noviembre de 1983, y la otra a *El Siglo de Torreón*, en enero de 1989. Sé que luego le hicieron más entrevistas, pero en las que menciono habita la presencia de un escritor que apenas descuella, un muchacho de 26 y otro de 32 años que en ambos casos habla sobre sus gustos, sus filias y sus aspiraciones.

En el suplemento cultural de *La Opinión* que coordinaba Saúl Rosales, Amparán dialogó con María Teresa Duarte Salazar. La foto que adereza la página dos de aquel tabloide muestra a un joven de blusa beisbolera, de grandes

lentes, fumando y levemente recargado en su librero; el entrevistado muestra allí una sonrisa tenue, segura, confiada. En la entrada la entrevistadora apunta lo siguiente: “confiesa sus afinidades profundas con Borges, Gunther Grass, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa y Graham Greene”. Como muchos sabemos, el gran salto de Amparán hacia la literatura de ficción se dio gracias al Talitla (Taller literario de La Laguna) que por varios años encabezó el poeta zacatecano José de Jesús Sampedro en las Casas de la Cultura de Torreón y Gómez Palacio. La periodista le preguntó por ese espacio y el escritor respondió: “Me ha ayudado muchísimo. Considero que este taller literario es un instrumento muy bueno para que la gente que quiera escribir encuentre la manera de desarrollarse. Marco Antonio Jiménez es miembro de este taller. Él ganó el Premio Nacional de Poesía Joven (...) Creo que este taller nos ha dado la oportunidad de crecer como escritores”.

Para entonces, el entrevistado es ya maestro volante de varias escuelas, como declaró a la reportera de *La Opi-*

*nión*; daba clases en el Iscytac (donde fue mi maestro, por cierto), en la Ibero Torreón (donde además dirigía la biblioteca) y en la Pereyra (donde asimismo orquestaba un taller de lectura). Pocos años después fijó su “residencia” magisterial, por decirlo así, en el Tec de Monterrey. Duarte Salazar le preguntó por qué daba clases de materias tan distintas a lo que estudió, y Amparán respondió: “Porque me ha gustado más lo que es la literatura, las lecturas. Me gusta muchísimo impartir clases”.

Más adelante, una pregunta sobre lo que le gusta escribir: “Escribo sobre lo mágico, lo extraordinario que pasa a diario (...) me gusta mucho abordar todos esos temas que implican cierto contenido fantástico”. Al final, la periodista lo interrogó sobre sus quehaceres extraliterarios: “Casi no tengo ratos libres, pero cuando salgo con amigos, voy a fiestas y participo en ‘fandangos varios’. Me gusta el fútbol americano y te repito que me encanta dar clases, me gusta la educación, la investigación... y escribir”.

En 1989 lo entrevistó Angélica Bustamente Archundia para *El Siglo*. Tiene allí 32 años y mantiene intacta, y creciente, su vocación de lector/escritor. Escribe la entrevistadora: “Ingeniero Industrial Químico, soltero feliz, vive con su madre y su abuelita, tiene dos hermanas (...) siempre ha estado ‘bendito entre las mujeres’, afirmó [Amparán]. Cuando era niño, por ser el único hombre de la casa siempre jugaba solo, platicaba solo, ‘fue entonces que tuve mis primeras ideas de hablar y contestarme yo mismo (...) me gustaba leer, pero no escribía nada, fue hasta los catorce años que empecé a escribir”. Líneas después, Amparán observa: “He llorado la muerte de mi padre, por la injusticia y la impo-

tencia, así mismo, por una novia de la que estaba muy enamorado”.

En esos diálogos asoma, en suma, la personalidad de Amparán. Ya tenía entonces varios de sus libros y estaba plenamente en marcha su encarrilamiento en tres quehaceres: la literatura, la docencia y el periodismo de opinión. Las siguientes dos décadas solidificaron su actividad, Amparán se asentó en el ITESM-CL y ganó un espacio fijo en prensa y radio; además, siguió escribiendo literatura, su pasión máxima. Sus primeros libros fueron *La luna y otros*

menos. No recuerdo dónde lo compré, y ahora que le he releído encuentro en él tres detalles que deben ser resaltados: Amparán tenía 27 cuando lo publicó; o sea, si le quitamos al menos el par de años que se requieren para escribirlo, tallerearlo, mandarlo a un concurso, ganarlo y editarlo, se puede decir que el autor lo creó a los 24 o 25 años. Digo esto por esto: a esa edad uno suele escribir con titubeos, con ciertas impericias que delatan de inmediato al joven en el gembundo trance de redactar. Pues bien, los cuentos de *La luna y otros tes-*

tener, por ejemplo, un cuarentón como el profesor Esquerria del cuento “Sobre un listón solferino” o la añosa señorita Elisa de “Canción de amor pasada de moda”.

Otra característica visible en los cuentos, los primeros cuentos de Amparán publicados por el periódico *El Porvenir* y su certamen literario, es la insistencia del autor por jugar con las estructuras narrativas; invadido por los fantasmas de Cortázar, Fuentes y Borges, Amparán hermana siempre dos historias: una con un cierto corte realista, cotidiano, “normal”, y otra en la que irrumpe lo



*testigos, Los once y sereno, Las noches de Walpurgis y otras ondas*, títulos que hacían eco de algunos prohijados por el Boom como *La tía Julia y el escribidor, Pantaleón y las visitadoras, Del amor y otros demonios*. El primero libro que conseguí y leí de él fue el que obtuvo el permiso nacional de cuento convocado por el diario *El Porvenir*, de Monterrey. Ese concurso lo ganó en las mismas fechas en las que lo tuve como maestro, entre el 83 y el 84 más o

*tigos* acusan una prosa firme, dúctil, rica en matices poéticos y sin los descuidos formales de la juventud. Asimismo, los temas son diversos, no son sólo cuentos de personajes jóvenes, de vivencias cuasicalcadas de la propia experiencia del autor, sino historias en las que conviven adultos, ancianos, jóvenes, incluso niños. En esto veo la precocidad, el ojo afinado de Amparán para detectar los pliegues de la personalidad humana, el conocimiento de la conducta que puede

anómalo, lo mágico, lo extraordinario o sobrenatural, como en el cuento “Chac-Mol” de Fuentes o en cualquiera de Cortázar y de Borges. Es verdad, dicho esto al margen nada más, que los finales lucen un poco flojos, o que a veces la descripción poética le gana demasiado terreno a la acción, pero es un hecho que los cuentos del primer Amparán reflejan la seguridad que iba a adquirir en el porvenir con libros como *Cuatro crímenes norteros* o *Crónica para Hellen*.

# Urbe sosegada

Saúl Rosales

*Para Lidia y Alejandro Reza*

Saúl Rosales Carrilo, el maestro de escritores por antonomasia en La Laguna, cumplió 80 años en 2020; celebramos aquí su magisterio periodístico y literario con la publicación de uno de sus cuentos.

## Saúl Rosales

(Torreón, Coahuila, en 1940). Es Miembro Correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua. Su libro de cuentos *Autorretrato con Rulfo* fue seleccionado para la colección "Literatura Mexicana Contemporánea ¿Ya Leíste?" Se le concedió el reconocimiento de Creador Emérito de Coahuila en 1999; se le otorgó el de Ciudadano Distinguido de Torreón en 1990 y 2004 y la medalla al Mérito Universitario "Miguel Ramos Arizpe", de la Universidad Autónoma de Coahuila. En 2019 el Proyecto Cultural Revueltas le otorgó la medalla José Revueltas. Es autor, entre otros, de los libros *Sor Juana. La Americana Fénix, Un año con el Quijote, Don Quijote, periodistas y comunicadores, Jales sobre habla lagunera, Iniciación en el relámpago, Memoria del plomo y Vuelo imprevisto*.  
 rocas\_1419@hotmail.com

Desde el carro policiaco el uniformado que no va al volante mira al hombre sentado en la banca de la plaza principal. No lo mimetizan manchas blancas de luz mercurial ni negras que bajan de las ramas de los árboles. Está derramado en el asiento, su actitud es relajada. A sus pies lo acompaña un bulto pequeño. En silencio, el policía le pica el hombro a su compañero que conduce la patrulla. Con un movimiento de cabeza le lleva la atención hacia el objetivo aprehendido por sus ojos. Usa el dedo para señalar. El vehículo policiaco, con rodada cansina, llega y se estaciona frente al hombre del bultillo en el piso.

En la noche, la ciudad vestida de negro y destellos, madre cariñosa, madre perversa, nido de caricias y prevaricaciones despiadadas, reposa. En su geometría inerte y en su dinámica sosegada se afila el odio y se pierde el amante en las entrañas de la amada. Aprisionada por el tejido de sueños sedosos y escaldantes pesadillas, la ciudad se abandona a un tiempo de ritmo laberíntico, es hollada por un fluir denso; la mima una arritmia incontrolable.

Desde la banca donde se encuentra derramado, el hombre de apariencia campesina ve que la patrulla policiaca llega despacio y se detiene frente a él, como a treinta pasos, con el andador de por medio. Se apagan los faros del carro. Un policía baja y se le acerca sin prisa pero con pasos firmes. Una ráfaga de viento caliente levanta polvo y remueve basuras en el piso. El pavimento de la Plaza Principal es de mosaico rojo, calado para evitar resbalones a los transeúntes. El reloj encaramado en el obelisco del centro del parque marca poco menos de las dos de la mañana.

Cuando el policía se aposta ante el hombre de la banca le dice algo. El de apariencia campesina le corresponde con pocas palabras. Luego, con desgano, baja los brazos del respaldo metálico donde los tenía desplegados. Desmonta la pierna que descansaba sobre la otra y se inclina para llevar las manos hacia el bultillo que yace a sus pies. Anda calzado con huaraches de correas muy separadas, angostas como cordón de cortinero; la suela es de llanta de automóvil. Comienza a deshacer su pequeño bulto bajo la mirada atenta del agente.

Fogonazos despeñados desde la Sierra de las Noas, calva y caliza; otros, escapados a la xerasia de las planicies desérticas que arrinconan a la ciudad contra los cerros erosionados del sur, estrían la atmósfera y se clavan en la noche seca y tórrida de agosto.



Por debajo de la camisa del policía una gota de sudor se escapa del sobaco y viaja hacia el rumbo de la pistola. El uniformado se acuclilla y busca entre el lío deshecho por el hombre de apariencia campesina. Avienta algunas cosas a los pradillos y esparce trapos alrededor. Después el hombre rehace su bulto. Los dos se yerguen y se encaminan a la patrulla.

—Que no trae nada que darnos, pareja. Puros andrajos en ese liacho —dice el policía al que se quedó en el volante. Señala el liacho del hombre de apariencia campesina.

—Mala suerte.

—Para él, ¿no?

—A güevo.

—Ya ves. Ráscale bien —ordena el policía apeado.

—O te jodes —advierte el otro uniformado asomado por la ventanilla del vehículo policiaco. Antes se había hundido en el interior para bajar el volumen que escupía el receptor de radio. Arrastradas por un carraspeo continuo traía algunas voces articuladas pero sin significaciones para los agentes.

—De veras, jefes.

—Entonces qué —dice el policía

apeado—, ¿nos lo cargamos o que se vaya?

—Tú cómo ves —pregunta el policía que se asoma por la ventanilla, al hombre del liacho. El prefiere callar y mirar al suelo, a los dedos de sus pies resecaos que acuña las correas de los huaraches o a su desventura que lo clava al pavimento con alcayatas de impotencia.

—Quiere una paseadita, pareja —dice el policía de abajo. Sin más, le hace al hombre la seña de pasar y abre la puerta del carro. Lo empuja. Da la vuelta y se sube al lado de su pareja en el servicio.

Tras la red metálica que lo separa

de los uniformados, el hombre les mira las nuca rapadas. Por la malla apenas pasaría un cigarro.

La patrulla empieza a desplazarse hacia el oriente por la avenida Juárez que luce un alumbrado público chimuelo. Como si la mirada del hombre de apariencia campesina le endulzara el sudor, el que conduce se enjuga el pescuezo con un paliacate. Se frota despacio pero con intensidad. El otro hunde una mano bajo el tablero de instrumentos del carro para subir de nuevo el volumen del radioreceptortrasmisor. Aprovecha su movimiento para ver al detenido.

—Mientras llegamos al trochil húrgate bien. A lo mejor se te olvidó que escondes algo por ahí.

—Le digo que no traigo nada, jefe

—reitera el hombre echando la cara hacia la red que protege a los agentes.

—Yo no digo en ese liacho.

—En ningún lado, jefe.

—Peor para ti.

—Es mejor que te caigas con lo de valor para no tener que entochilarte. Adentro te van a bajar hasta los calzones —advierte el otro policía.

—No traigo nada, jefes. No tienen por qué cargarme —mira a uno y a otro con ojos mansos.

—¿Te parece poco andar de vago y malviviente?

—No ando de vago, jefecitos.

—Entonces qué ¿nomás te estabas serenando en la plaza? A las dos de la mañana ¿andabas de turista o sólo hacías surcos? Te lo advierto, de vago-y-malvi-

viente a sospechoso no hay ya más que un kilómetro. Tú dirás si te entregamos a los judiciales. Les puedes servir para sospechoso de algo. Los judas necesitan sospechosos de narcos, de agitadores comunistas, de asesinos.

—Tuviste suerte de que te encontráramos nosotros y nos los judas. Esos sí son cabrones. No les importaría si eres criminal o simple vago.

—Les digo que no ando de vago. Vine a las pizcas, nomás que se me hizo tarde para llegar al ejido.

—¿Tú crees? —comenta con su compañero el primer policía—, dice que es campesino y que viene a las pizcas y que se le hizo tarde para llegar al rancho.

—Entonces es tájuaro como tú ¿no? Tú también eres campesino.



La intención de seguir platicando es devorada por el reclamo del radio-receptortransmisor. Una voz andrógina deformada por bocinas y transistores maltratados por el uso urge a todas las patrullas que circulan por el centro a presentarse en la zona de tolerancia. En La Rueda de la Fortuna habían crepitado armas de fuego.

—Nos vas a tener que acompañar por agarrado, tajarín —le dice al campesino el policía que no va al volante. De junto a sus pies levanta dos metralletas que se acuesta en los muslos.

La patrulla echa el hocico a husmear el poniente de la ciudad. Rueda con afán diarreico pero sin poner la sirena a aullar. Las calles nocturnas están abiertas como surco escardado, como sexo femenino en barbecho de presiembra. Dentro de unas horas recibirán el trabajo y el tránsito fecundantes. Ahora se relajan en una espera auspiciadora del parasitismo. El vehículo policiaco las mancilla prepotente. Las calles lo trasiegan con indiferencia en su derrota hacia la zona de tolerancia, barrio de putas, nido de maleantes, refugio de soledades y apetencias desoladas, receptáculo de eufemismos defecados por la hipocresía: zona roja, zona de tolerancia, sector rojo; sector carmesí, para rubro de la exposición de un artista plástico; sector sanitario, epíteto inconcebible para una mente normal pero normal para una mente de alto burócrata municipal. A veces lo innombrable se vuelve dueño de abundantes nombres que lo nombran para no nombrarlo.

El carro policial pasa sin miramientos sobre el bordo que obliga a reducir la velocidad y a detenerse a la altura de la caseta de peaje instalada por el Ayuntamiento de la ciudad a la entrada de La Zona. Atraviesa el tramo vagamente

alumbrado por el resplandor que unos metros más adelante incendia la noche. Después de rodar unos segundos, un estallido de neones, destellos, ruidos y tráfigo se traga al vehículo.

Desde su lugar tras las nuca de los policías y la malla que los protege en el interior de la patrulla, el campesino pone a rastrear su vista por el cromatismo rutilante que a su vez se le estrella en la cara. Coronando los frentes de las edificaciones —casi todas de un piso—, largas ringlas de luces de colores contribuyen a reenergizar el magnetismo del campo de atracción. Igual hacen los tubos de neón en los que vibra el gas encendido para que delineen nombres, rostros, escenas sicalípticas o para que se esparzan sin mayor propósito aparte de iluminar con falsa exultación. Las paredes ilusoriamente bruñidas por los resplandores, en un alarido permanente pregonan los colores simbólicos de las cervezas, las bebidas con alto calibre de alcohol y las sodas.

Muchos sombreros campesinos como el que usaría el hombre sentado atrás de las nuca de los policías y la red que los protege adentro de la patrulla, bogan a la deriva. A veces se detienen en una puerta desvirgada o en un ventanal panorámico. Escudriñan el lugar donde bailan parejas en las que el danzante parece calcomanía de la mujer. Las carnes de ella rebalsan las copas y los tirantes del brasier y los bordes de la pantaleta, únicas dos piezas de su indumentaria o accesorios de trabajo. El sudor brilla sobre las turgencias abundosas y en el rostro y en la mano del bailador que, respetando la tradición, viaja en la cintura femenina destruida por la acumulación de grasa.

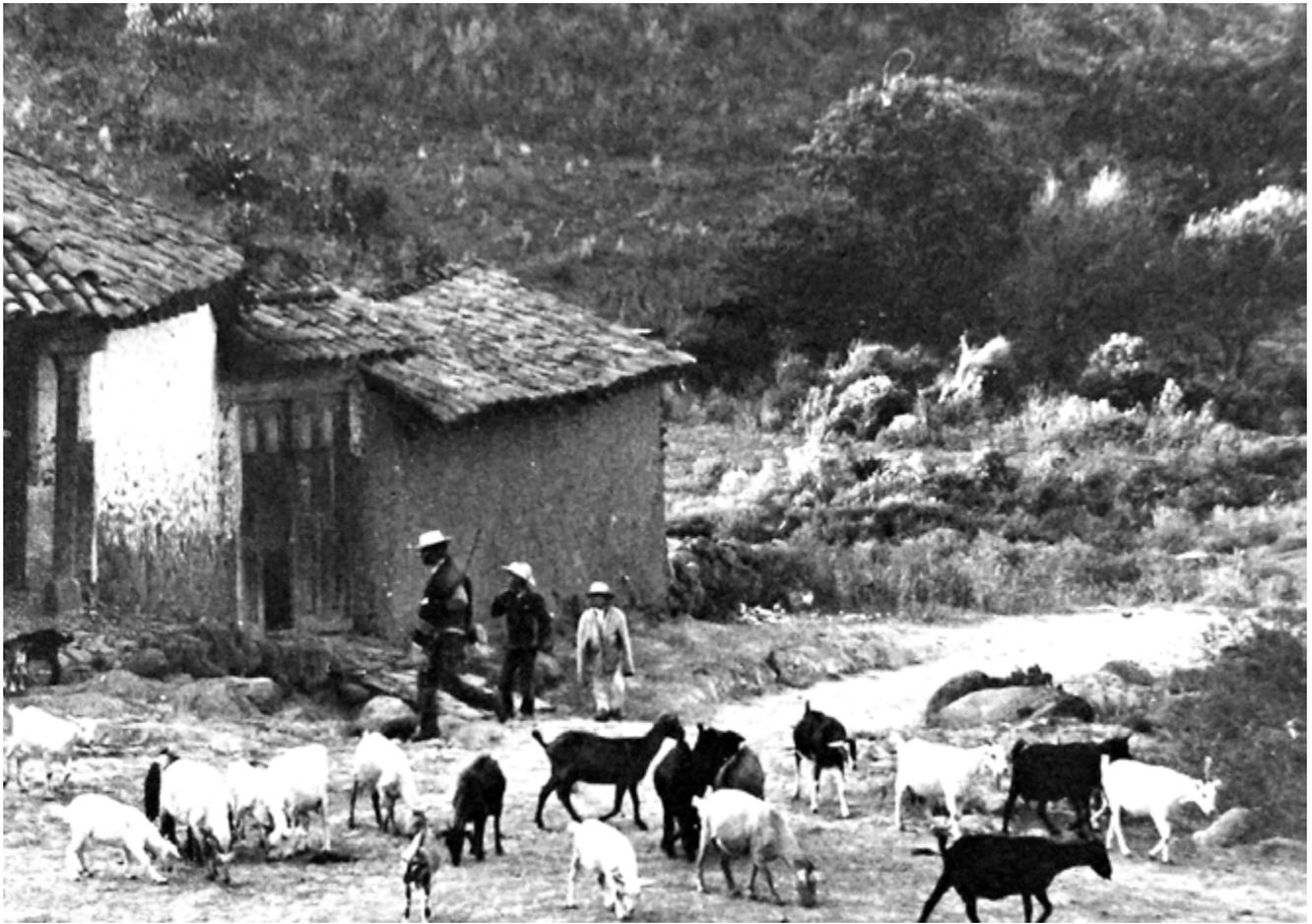
—No te vamos a cobrar el espectáculo de la balacera porque ya se acabó,

tájuaro, pero sí el paseo. Andas gastando la gasolina del municipio —dice el patrullero que maneja el carro. El campesino entiende las palabras como un escarnio, no como una amenaza. Le sonríe al espejo retrovisor para condescender con el policía que le habla y vuelve a huronear por la calle.

Una mujer se apoya, con el brazo en alto, en el marco de una puerta. Sus pechos desnudos se clavan a gusto en la caldeada temperatura ambiente. En pantaletas, la suripanta platica con otra que sí lleva, aunque únicas, las dos prendas que en otras circunstancias serían interiores pero que ahora y aquí reciben un uso de peculiar economía de mercado. La otra está sentada en una silla reclinada contra la pared y con las dos patas traseras hincadas en el piso. Algún sombrero campesino se detiene ante ellas. Su dueño entrecruza palabras con las mujeres semivestidas y vuelve a bogar por el litoral de la insatisfacción de los deseos.

La patrulla sale de la estridencia de luz, sonido y movimiento. Atraviesa el área de penumbra que actúa como pórtico de entrada a La Zona y se detiene al filo de la calle Múzquiz. Otea precavida y despacio se introduce en la oscuridad que va de norte a sur para llegar al corazón de la ciudad. De tramo en tramo sus flancos se ven desflorados por una lámpara vigente del alumbrado público o los desgarran los inquisitivos faros de un automóvil que entra con relativa prudencia a la urbe provinciana del norte mexicano.

—Detén a ese —dice apremiado el policía acompañante al que conduce. Hace fondo a su voz el ronroneo continuo emitido por el radio-receptortransmisor abierto a indicaciones del cuartel. El otro encara el micrófono y oprime



con intermitencias el botón para que la sirena apuñalee con tres aullidos a la ciudad sosegada.

El automóvil que transita delante de la patrulla se orilla obediente y procura estacionarse bajo una lámpara viva del alumbrado público. Vacila un poco y se arrima tímidamente a un perímetro más iluminado por reflectores de potencia baja que la descargan sobre un arco que con letras se señalización carretera articuladas de lado a lado de la ancha calle da la bienvenida a “Torreón / Brazo que Lucha y Espíritu que Crea.” El uniformado que apremió apremiado por su propia voluntad se baja del vehículo policiaco y va al carro detenido. No ignora que están bajo el arco y su leyenda de bienvenida, lo que le hace recordar el que en otra entrada carretera de la ciudad fanfarrea y fanfarronea “Bienvenidos a

Torreón / Donde el Trabajo Hace Florecer al Desierto.”

En su lugar del asiento trasero de la patrulla, el campesino se irgue para ver el carro detenido. *Land of*, empieza a leer en el marco de la placa de circulación norteamericana, cuando el movimiento de voltear y verlo del policía chofer lo hunde de nuevo. Después de un rato el uniformado regresa de bajo el arco de bienvenida.

—¿Salpicaron los gringos? —pregunta el chofer de la patrulla mientras el otro uniformado se acomoda en su lugar y luego se tuerce para dirigirse al campesino.

—Buena untada —en seguida se enfrenta al campesino azotándose contra la palma de la mano tres o cuatro billetes—. Mira, tajarín, dólares, billete verde.

—Se empieza a componer la noche —dice el policía chofer—. Vamos ahora con las putas de la Hidalgo a ver qué escurren.

—Todo lo que chorrean es bueno. Si no para uno, sí para Drácula —todos ríen.

—Y qué hacemos con éste.

—Por allí lo dejamos cerca de la plaza.

La patrulla sigue por la Múzquiz hacia el sur. Lerda, se va reptando por un tramo de la ciudad de Torreón que no sería muy distinto a cualquier otro de su corazón en el que el carro policiaco clavara sus faros y sirenas.

Debajo de un alumbrado público que cojea, la noche, sin eficacia, intenta restañar el ánimo, sólo el ánimo de las paredes ferozmente asaeteadas por el sol abrazante, propicio para cultivar algodónero. En los márgenes de la calle la ba-

sura denuncia la poca buena voluntad de algunos ciudadanos. Las meadas, espontáneas unas, otras institucionalizadas en ciertas esquinas, en selectos pliegues de los muros y en umbrales propiciatorios, cantan las urgencias de los pobladores. Arrebujados en el regazo luminoso de escaparates trasnochadores duermen las locas, los vagabundos y los huérfanos pueriles, acariciados por lengüetazos del viento fogoso del verano.

El carro policiaco se adentra como desgano a una cuadra bulliciosa. Otros vehículos civiles confluyen y por ratos estrechan el cauce para el tránsito. Se detienen y aun antes de que lo hagan les cae un enjambre de hombres y mujeres armados con trompetas, guitarras, violines y guitarrones. Al arribar otro vehículo algunos se desprenden del anterior y se desbocan rumbo al recién llegado. No todos los hombres traen alamares adornándoles la costura exterior de las piernas de los pantalones, como los mariachis y los charros de las grandes ciudades mexicanas. Tampoco todas las mujeres cargan, en la cabeza o en las manos, sombreros de amplias alas como los de las cantantes folclóricas de la televisión. El campesino deduce que los tripulantes de los vehículos civiles acuden a ese rumbo de Torreón en busca de músicos y vocalistas con los cuales llevar la serenata que lastimará el sueño de otros andurriales.

—¿Vamos a seguir a algún enamorado para atraparlo en su gallo por hebreo y escandinavo en la vía láctea?

—No. No hay que ser avorazados.

—Está bien. Con el billete verde sería más que suficiente para esta noche.

La patrulla policiaca cruza y deja atrás la cuadra de contratación de filarmónicos para gallos; luego la avenida Morelos. Cuando todavía por la Múz-

quiz atraviesa la Juárez, el policía que no maneja el carro le pregunta al otro que si llevan al tájuaro a conocer El Dominó.

—No es mala idea, pareja. A lo mejor le gusta a un lilo y nos dedicamos a tratantes de blancos.

Las palabras cayeron amuelladas en una atmósfera de desgano y perecieron en el ronroneo del radiorreceptor trasmisor adormecido por la inactividad.

La patrulla se estaciona afuera de El Dominó. En la lobreguez de la cuadra a la intemperie flota un tubo de cuarenta watts de luz fluorescente. Abajo se ofrece la entrada a la cantina y a un lado de ella, en vivo, una pareja de hombres se besa con avidez. Desde el interior del vehículo policiaco los tres pares de ojos los toman por asalto. Los distrae el salir de otra pareja. Uno de ellos viste como los vaqueros de las películas. Calza botas de punta agudísima y tacón metido. Al que lleva abrazado por la cintura se le podría identificar como universitario o empleado bancario. Los eruptados por El Dominó se detienen a mirar a la pareja que se besa junto a la puerta y estimulados por la estampa también lo hacen. Pinches putos, dice alguno en la patrulla antes de que el vehículo se aleje parsimoniosamente.

—Adentro de esa cantina puedes encontrar quién te quite de trabajar en las pizcas, tajarín.

El campesino no comenta.

—Así no te morirías de hambre —el policía hace una pausa para que sus palabras sean más punzantes— aunque lo más seguro es que sí de sida.

—Mejor túércele a la avenida Hidalgo.

La patrulla rueda con su parsimonia que debería entenderse como cautela o como husmeo a los talones del crimen. La noche anestesia a la ciudad de

Torreón, ciudad de pocos años que no suman ni un siglo. Fue nacida en 1907, pródiga y severa, entre la torridez grata al algodónero y la algidez depredadora de plagas y anhelada por los cultivos de invierno. En su oscuridad breve —en verano la luz natural abre su sonrisa desde antes de la seis de la mañana y se apaga alrededor de las nueve de la noche— comerciantes, agricultores, ganaderos, industriales, gerentes descansan, se entregan a placeres, maquinan fraudes mientras los campesinos asalariados vigilan el último riego de auxilio a las matas de algodónero y los obreros y las obreras se enfrían en los horarios nocturnos de las fábricas y las maquiladoras; mientras unos y otras, proletarios, se ajustan al cuello la soga de sus precariedades.

—Camina una cuadra para allá —dice el policía indicándole el norte al campesino que se acaba de bajar de la patrulla—, allí está la plaza de armas, de donde te levantamos.

Con su liacho en la mano, el campesino llega a la plaza. Un vientecillo caliente le lame la piel de los brazos sin mangas, y la cara. Cruza la avenida Juárez. Desaparece en la densidad melancólica del jardín público. Vuelve a aparecer junto a una banca sobre la que cae, despreocupada, la luz cenital de una lámpara de mercurio. Se sienta y se desliza con las piernas extendidas, como buscando una posición relajada. Deja a sus pies el liacho que cuelga de su mano.

Como si hubiera estado acechando, desde una esquina empieza a salir una patrulla con el hocico husmeando los pliegues de la madrugada. El vehículo policiaco, con rodada cansina, enfila la jeta hacia el hombre de apariencia campesina derramado en la banca y con un bultillo en el piso.

# Magdalena Mondragón: su vida y su obra en México

Blanca Galván Romani

Introducción y primeros dos capítulos del libro *Magdalena Mondragón: su vida y su obra en México*, disponible íntegro en la página del Archivo Municipal de Torreón ([www.torreon.gob.mx/archivo](http://www.torreon.gob.mx/archivo)), a cuyo director, Carlos Castañón Cuadros, agradecemos la autorización para publicar este fragmento. La edición en papel data de 1983, y a propósito del 75 aniversario de la fundación de Torreón fue materializada en el DF por la Federación Editorial Mexicana dirigida por el lagunero Rogelio Villarreal.

## INTRODUCCIÓN

**C**onocí a Magdalena Mondragón en el Club de Periodistas. Había oído comentarios sobre su carrera tan amplia; había leído algunas de sus obras y deseaba conocerlas todas; sumergirme, entregarme a la difícil tarea de evocar una vida literaria. Analizarla es una labor muy grande. Es recoger las cuentas de un rosario disperso y revisarlas cuidadosamente antes de proceder al engarce. Sus obras no brotaron de un azar, sino de una voluntad insistente, sensible, compacta; aprendió a ser valiente, fuerte; a ser sincera y a entregarse en ellas con ¡todo su ser!

Magdalena relata las costumbres provincianas, plantea problemas sutiles, sin apartarse de la realidad, y describe la lucha desesperada de los desposeídos. Porque ella la ha sentido en carne propia y no los ha visto con indiferencia, sino con amor; lleva en las venas la savia de su tierra, las vivencias de su pueblo. Toda su naturaleza está guardada en el milagro de la conjunción de la sangre, de lo que se imagina, de sus recuerdos, en donde el dolor también fue su maestro. Su espíritu inquieto, su imaginación creativa huyó de la esfera terrestre abarcando más universo.

Magdalena Mondragón se ha destacado en las arduas labores del periodismo. Es una luchadora que nos ha brindado varias novelas, algunas obras teatrales; además, es poetisa. Escala, por derechos propios, las alturas a las que sólo pueden llegar los escogidos por su talento.

El estado literario y poético es como un hervor de sangre en torno de la imaginación: agita o amansa los espíritus, los precipita con ruido o los conduce al silencio.

¡Y Magdalena Mondragón es una voz, un espíritu poético de México!

Cuando le comuniqué mi deseo de escribir un intento de ensayo sobre su literatura, me brindó toda su ayuda con esa nobleza de los grandes.

Y fui varias mañanas a muy temprana hora a leer, a sumergirme en el mar de sus emociones, y también a desayunar las exquisiteces que prepara gentilmente, su hermana, su compañera inseparable, su amiga Ofelia, la dulce Ofelia Mondragón. Subí no sé cuantas veces las altas escaleras para llegar allí donde Magdalena habita. Y alguna vez mientras subía por ellas pensé en uno de sus versos:



*En escala fugaz, luna en arpegio,  
[estrella detenida en plenilunio*

Y así es Magdalena Mondragón: una estrella que brilla con luz propia. Hubiese querido comentar todos y cada uno de sus libros. Tal vez no lo hubiese logrado, son tantos, y cada uno pide un trabajo apropiado. Y a pesar de mi deseo de investigar, de caminar sus huellas, no pude hacerlo, porque muchas de sus obras están agotadas. Encontrándome en la imposibilidad de hacer algo digno de su figura literaria; pero hice lo que pude, y aseguro al lector que a Magdalena por sus obras la conocerán. Algún día se editarán sus obras completas.

Dirigí mis endeble fuerzas, poniendo en juego todos los recursos y resortes de mi mente, empeñándome en cincelar y pulir mi trabajo, deseando que pase el

finísimo tamiz de la más severa crítica.

Esperando que lo sencillo de mi obra, sea un homenaje a esa gran escritora, mujer de rasgos bellos, de aspecto dulce y frágil, pero que contrasta sorprendentemente con la penetrante mirada, con su conversación que manifiesta ese espíritu inquieto forjado en la lucha. Su recia personalidad está llena de paz, de serenidad, de grandeza, de esplendentes cumbres, de silencios, de pasión, de fuegos infinitos de entrega total, que como un hirviente rumor se queda aprisionada en la nota sutil de sus palabras.

#### CAPITULO PRIMERO

#### **Escritora nacida en la perla de la Laguna**

El viejo “torreón” de una hacienda campirana se convierte al paso de los años,

como almena inconfundible dentro del conjunto de pueblos progresistas, en urbe sorprendente, el Torreón actual, a los setenta y cinco años de nacido es asiento de negocios agrícolas e industriales. Sus hombres han logrado recoger el fruto de su esfuerzo y han dado a la región perfiles singulares que se caracterizan por la diligencia y actividad en lo que emprenden.

Y Magdalena nació ahí, en Torreón, Coahuila, La perla de la Laguna, una de las más modernas ciudades mexicanas.

Su vocación cree haberla heredado de su abuela materna, de origen germánico y, como buena heredera de sangre alemana, siente verdadera pasión por las letras. Empezó a jugar con ellas desde muy temprana edad, ganando siempre los concursos escolares de literatura

Imagino la niñez de Magdalena en

ese paisaje, espléndido pero inhóspito, en constante y feroz lucha contra la misma naturaleza, donde queda tan poco tiempo para soñar. Donde se disfruta la vida en el mismo supremo esfuerzo por vivir; donde desde niño se juega también con la pobreza y se convive con toscos agricultores con alma de niños en cuyos ojos nunca se pierde el brillo de la esperanza, de la esperanza del mañana, de la tierra; donde el invierno se divierte tratando de meterse por las rendijas de las chozas, techadas con láminas de cartón y pedazos de hojalata, y los seres apiñados, pobremente vestidos, esperan pacientemente a que se aleje. Ahí, donde el verano es calor insoportable que los derrite.

Los espíritus fuertes se templan en esa aspereza, en esa soledad donde la desolación emana por todas partes, y se sueña con los ojos abiertos, con la mirada fija en el espacio como si se soñara despierto, y se oye el bramido del viento que se alza alrededor de la choza y lleva

todo el lamento del desaliento; donde la mirada se fascina siguiendo la llama titilante de la lámpara, y se mezclan, recordando la infancia (la paciencia) los regaños, las oraciones, la ternura, los juegos y los remedios caseros.

## CAPITULO SEGUNDO

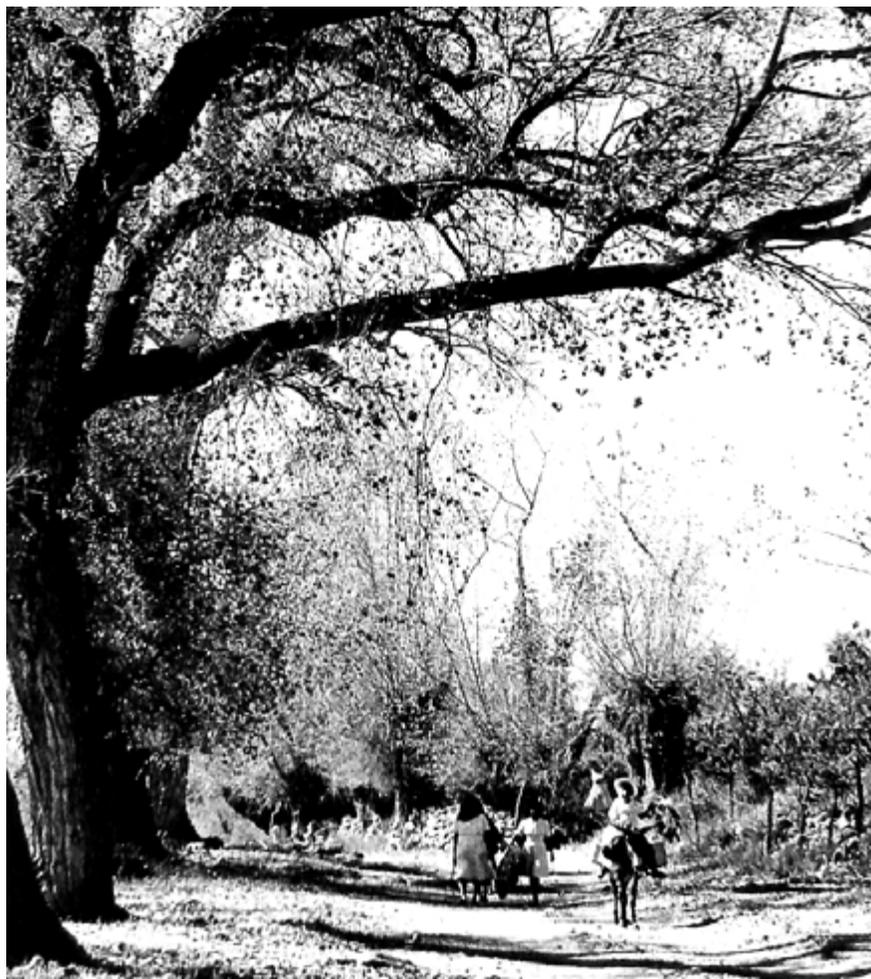
### Escolaridad, inicios literarios

Su educación primaria la realizó Magdalena en la escuela oficial Benito Juárez; la escuela superior en Nuestra Señora de los Lagos, en San Antonio, Tex. Conociendo su padre su afición por las bellas letras, le aconsejó que estudiara una carrera comercial, “porque sabiendo mi deseo de ser escritora y periodista, se afigió. diciéndome que, por lo regular, los artistas se morían de hambre”.

Aunque la proposición le desagradaba, Magdalena obedeció los deseos paternos e ingresó en la escuela comercial que por aquel entonces dirigía el Prof. don Teodoro Verástegui; allí obtuvo, en

un solo año, los títulos de taquígrafa parlamentaria y contadora privada. Habiendo leído en el periódico local que *El Siglo*, de Torreón, necesitaba una secretaria, se presentó y obtuvo la planta. Al enterarse don Antonio de Juambelz, director del periódico, de sus aficiones literarias puso a su disposición *El Siglo*, donde escribió una columna intitulada “Sin Malicia” y, los domingos, el cuento semanal. Al mismo tiempo obtuvo las corresponsalías de los periódicos: *La Opinión*, de los Angeles, y *La Prensa*, de San Antonio Texas, así como las de los diarios metropolitanos *Excelsior* y *El Universal*. “Don Antonio —dice Magdalena— me impulsó mucho en mi carrera periodística y literaria. Y amo el periódico porque él me pone en contacto diario y realista con la vida”. En la escuela, cuando estaba en la primaria, hizo Magdalena su primer periódico y ganó premios en composición.

Sintiendo que la provincia le quedaba chica, se vino a México y entró en la Escuela de Filosofía y Letras, donde estudió tres años; pero, habiendo obtenido un puesto en el periódico *La Prensa* y tocándole en suerte ser la primera reportera de policía, no pudo continuar sus estudios. De esa época conserva una serie de cuentos cortos tomados de la realidad, los que considera que son negativos, por lo que los ha dejado arrinconados. Y se entregó en cuerpo y alma a esa labor extenuante del obrero intelectual, escribiendo profundamente, con entusiasmo, con inteligencia. Tenía en su memoria el largo hilo de sus recuerdos, abarcando con su mente las distancias, las provincias, las ciudades. Por su ardua tarea periodística, por la envidia y valentía de su pluma, los lectores de diferentes periódicos reconocieron su espíritu original y creador.



# De *Oscuros soliloquios*

Miguel Ángel Centeno

## VANO REFLEJO

Cada noche veo mi reflejo  
y creo que me reconozco  
como si ese halo que veo en realidad fuera yo  
como si hubiera un espejo en el mundo  
superior al reflejo de la mente  
un espacio al margen de mi samsara  
un recuerdo callado en mis días taciturnos.

Cada noche veo mi reflejo  
y confío en la prueba de mis ojos  
mientras las sombras se ríen de mi instinto  
se burlan y engañan  
matizan mi intuición.

Así ha sido la historia desde el principio  
desde el alba de la conciencia  
desde el nudo de mis sueños.

Pronto empezó el divorcio entre mi sombra y mi cara  
entre la idea de ser una imagen  
y la imagen de mis ideas.

Líneas paralelas siempre han sido  
mi reflejo y mi existencia  
mi oído y mi voz  
mi cuerpo ausente y mi ego en vela.

**Miguel Ángel Centeno Campos** (Gómez Palacio, Dgo., 1982) es psicólogo por la Universidad Juárez del Estado de Durango y maestro en terapia de familia y pareja por la Universidad Autónoma de La Laguna, donde también es profesor. Miembro del taller literario del Teatro Isauro Martínez, ha publicado en *Estepa del Nazas*, revista de esta institución. Los poemas que ofrecemos provienen de *Oscuros soliloquios*, su primer libro, próximo en salir.  
mcenteno@ual.mx

**TODOS LOS DÍAS EL MISMO VICIO**

Sin que sea necesario beber alcohol  
muchas veces vago ebrio por la calle  
distráido, ausente  
atolondrado de memorias huecas  
de momentos que a veces ni siquiera sucedieron  
la mayoría de mis pensamientos nada tienen que ver con algo real.

Todos los días el mismo vicio  
embriagarme con locuras y deseos  
con posibles escenarios que a nadie importan  
sueños pueriles  
inauditos deseos que temería confesar.

Dicen que los alcohólicos tienen miedo  
yo lo acepto  
puedo sostener ante otros la mirada  
o lanzar brabucón un reguero de palabras  
pero sólo son luces muertas  
intangibles, luces frías  
nada tienen que ver con el pulso de mi pecho.

A fin de cuentas, sigo bebiendo ilusiones  
es tan árida la verdad a veces.  
Yo prefiero ser un ebrio, un loco  
un caminante sin rumbo.

### **MUERE UN ÁRBOL**

Ese árbol fue cortado, cayó  
fue trinchado, mutilado, excluido del mundo.  
Otro dios ha caído de los templos de la tierra  
ha tragado su sombra otra enorme sombra  
esa sombra que se extiende y hace honor a su nombre  
lúgubre, ajena, sombra de nadie y de todos  
mancha urbana.

Ese árbol fue cortado, cayó  
al golpearse en el concreto se extinguieron mis ideas  
se perdieron en el aire y escaparon de mi mente  
quedo autista, solo, ausente.

Es verdad, ese árbol ya no obstruye la fachada  
no hay más hojas que barrer, ya no hay nada  
no hay más horas cubierto en la paz de sus alas  
no hay más gotas atrapadas en las palmas de sus hojas  
no hay más troncos que sostengan la vida al atardecer.

Quedo solo frente al sol  
mis ojos ante tanta luz se adelgazan  
el árbol que cubría mi cara ahora es fuego  
regresó a la génesis del universo.

# Acequias

REVISTA DE DIVULGACIÓN ACADÉMICA Y CULTURAL



*Acequias* es una revista interdisciplinaria que aparece tres veces al año: en Primavera (abril) Verano-Otoño (agosto) e Invierno (diciembre). Es editada por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón y dirigida sobre todo a la comunidad que integra la Ibero Torreón y el Sistema Universitario Jesuita.

Se llama *Acequias* porque es una palabra con la que se identifica la atmósfera agrícola de La Laguna, además de que esta palabra contiene entre sus grafías las siglas de nuestra Universidad: *Aceq-uis*.

Su acceso en la página web de la Ibero Torreón es gratuita para todos los usuarios de internet, y todos los ejemplares permanecen disponibles sin restricción de tiempo y lugar.

Si eres alumno o ex alumno de cualquier programa académico, personal académico de tiempo o asignatura, personal administrativo o de servicio, miembro de asociaciones vinculadas con la Universidad o amigo de la Ibero Torreón, *Acequias* te invita a colaborar con ensayos, artículos, entrevistas, crónicas, reseñas de libros y películas o textos de creación literaria. En consideración a la diversidad de lectores a la que está dirigida la revista y a su espíritu divulgativo, recomendamos evitar vocabulario especializado, así como excesivo aparato erudito. Los textos deberán estar escritos de manera clara y bien estructurada. Te sugerimos considerar la fecha de salida del siguiente número al decidir que deseas colaborar.

La extensión de las colaboraciones es de dos a cuatro cuartillas a doble espacio en fuente Arial de entre 12 y 14 puntos. Los colaboradores deberán entregar el original en versión digital. Los textos deberán llegar complementados con la siguiente información:

- Nombre del autor
- Dirección y teléfono
- Área de trabajo, estudio o relación con la Ibero Torreón si la hay
- Breve información curricular
- Autorización para agregar la dirección electrónica en la ficha de autor

El Comité Editorial, sin conocer el nombre y procedencia de los autores, determinará la inclusión de los materiales recibidos dentro de la revista según criterios de calidad, oportunidad, pertinencia, extensión y cupo. Los textos que lo requieran recibirán corrección de estilo en el entendido de que deberá ser la más mesurada posible. Debido a la gran cantidad de colaboraciones propuestas para su publicación, el Comité Editorial no asume la tarea de emitir sus dictámenes a los autores por ninguna vía.

Los materiales propuestos deberán ser entregados o enviados al Centro de Difusión Editorial de la Ibero Torreón. También pueden ser entregados a los editores o enviados a la dirección electrónica: publicaciones@iberotorreon.edu.mx y jaime.munoz@iberotorreon.edu.mx. La fecha de cierre del número 84 de *Acequias* será el 30 de marzo de 2021.



**IBERO**  
TORREÓN



..... ESTAMOS  
**TRANSFORMANDO** ...  
AL MUNDO

Pregunta por nuestros  
exámenes de admisión:

T. 871 7051072

Whatsapp: 8711367214

[admission@iberotorreon.edu.mx](mailto:admission@iberotorreon.edu.mx)

[www.iberotorreon.edu.mx](http://www.iberotorreon.edu.mx)



CIUDAD DE MÉXICO • LEÓN • PUEBLA • TIJUANA • TORREÓN